

Eugenio V. Debbs

Candidato socialista a presidente de los Estados Unidos.
Está condenado a diez años de prisión
por su propaganda antiguerrera.



Precio: \$ 0.20

CLARIDAD!

Año I

Buenos Aires, 25 de Junio 1920

Nº. 7

Máximo Gorki

La vida y la obra del gran escritor y revolucionario ruso han sido estudiadas con profundo conocimiento y admiración por Alejandro Costiñeiras en un libro que Vd. debe conocer.

El análisis de la vigorosa personalidad de Gorki ha dado ocasión a Costiñeiras para que dé a conocer el ambiente revolucionario ruso que hoy interesa al mundo entero.

EN TODAS LAS LIBRERIAS

a 2.50 pesos m/n.

(Publicación de la Cooperativa Editorial Buenos Aires)

Si a Vd. le apasionan los problemas filosóficos, lea

El determinismo en la ciencia y en la vida

Ensayo filosófico por GREGORIO BERGMANN

No es la fría exposición de una teoría metafísica, hay en sus páginas una constante y viva preocupación por los problemas del presente. Es una contribución al debate secular y siempre actual de esta cuestión, a la que se estudia en sus aplicaciones a la Moral y a la Sociología, al Derecho y a la Climatología, a la Medicina Legal y Social.

Lea Vd. este libro en el que late un latido anhelante de verdad y que pone en claridad y orden a los problemas de la vida y de la muerte en su meditación.

Publicación de la Cooperativa Editorial Buenos Aires

En breve se pondrá en venta, la **QUINTA EDICIÓN** de la notable novela de costumbres bonaerenses

"El Conventillo"

cuyo autor, el Dr. LUIS PASCARELLA, es una de las personalidades más brillantes de nuestro mundo literario.

La locura en la Argentina

Uno de nuestros más eminentes hombres de ciencia, el doctor José Ingenieros, autor de la «Simulación de la locura», ha publicado un libro de interés. Se titula «LA LOCURA EN LA ARGENTINA». En él hace historia de los más lamentosos casos de alteración mental ocurridos en nuestro país; recuerda los horribles tratamientos aplicados a los allegados en la época colonial; en tiempos de Rosas, y reseña en forma interesantísima los progresos alcanzados en la Argentina en esa materia.

Este libro puede ser leído y comprendido por todos y no debe faltar ni en la más humilde biblioteca de cuantos se interesan por el saber.

EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

a pesos 2.50 m/n.

(Publicación de la Editorial "BUENOS AIRES")

PROFESIONALES

Dra. ALICIA MOREAU
Enfermedades Internas, Ginecología, Maternidad, Infecciones.
Teléfono: 100.100.100.100.
HIDALGO 325 U. T. 2150, Flores

RAUL CARBALLO
Construcción, prefabricados, instalaciones, reformas prefabricadas, obras accesorias del trabajo.
Atiende personalmente de 11 a 10 p. m.
Gabilde 1011 U. T. 574, Belgrano

ADOLFO DICKMANN
CIVIL Y COMERCIAL
Consultas todos los días de 10 a 12.
LAVALLE 1965 U. T. 555, Libertad

Dr. ENRIQUE FEINMANN
Enfermedades Pulmonares, Neumopatías y Venereales de 1 a 12.
Rivadavia 1824, Alta Percepción, Párvulos, Niños de Sol, Pata y Madereros, Glaciarios, etc. etc.
Rivadavia 1475 U. T. 303, Rivadavia. Primeros consultorios gratuitos para las enfermedades de 11 a 12 horas.

MASOTERAPIA
Masajes terapéuticos para la cura del reumatismo, hipertensión, migrañas, etc.
L. B. de 11 a 12. Tel. 100.100.100.100.
L. B. de 11 a 12. Tel. 100.100.100.100.

FRANCISCO A. BLOISE
COMUNISTAS Y FUENTE DE VOTO
314 512 377

Dr. Héctor González Iramain
ABOGADO
ESCRITORIO: LIBERTAD 430

Dr. ENRIQUE MOUCHET
MÉDICO
CONSULTORIO: RIVADAVIA 2342

Dr. GENARO GIACOBINI
MÉDICO
CASA Nº 3085 U. T. 555, MITRE

Dr. GREGORIO BERGMANN
ENFERMEDADES MENTALES Y NERVIOSAS
Consultas: 11 a 12, Miércoles, Jueves y Viernes.
SARMIENTO 322 U. T. 526, MITRE

Dr. FERNANDO DE ANDRÉS
ABOGADO
Consultas: todos los días de 10 a 12.
María Teófilo 1011 U. T. 621, Libertad

Dr. ALBERTO M. PRICE
ABOGADO
ESTUDIO LAVALLE 154
DE 11 A 12 P. M.

Dr. LUIS PASCARELLA
ABOGADO
ESTUDIO LINI 544

Dr. ELISEO A. DÍAZ
ABOGADO
ESTUDIO LAVALLE 154
Escriba de 11 a 12 (Piso bajo)

"Hombres en la guerra"

Es el título de un libro de historia y de ficción del ejército austro-húngaro, quien después de un año de campaña había conseguido, después de haber escrito este libro como «Le Feu» de Barbusse y «Le Vie des Martyrs» de Tolstoy, presenta los hechos de la guerra vista de cerca.

A la tentación que estas obras nos hacen sentir para tener completa la lista de las cuatro mejores obras que la guerra ha producido, «Das Leben des Soldaten» el hombre es bueno» del escritor alemán Leonhard Frank, y «Hombres en la guerra» traducido por el Dr. Augusto Bunge, con toda honestidad, en venta al precio de

\$ 2.00 el ejemplar

CLARIDAD!

OFICINAS:
BmÉ. Mitre 1085

Revista quincenal socialista, de Crítica, Literatura y Arte

AÑO Iº BUENOS AIRES, JUNIO 25 DE 1920 N. 7

La Reforma Educativa en Rusia

(Fragmento de un estudio en prensa)

por José Ingenieros

Toda profunda renovación de los principios políticos que orientan la marcha de los pueblos necesita acompañarse de hondas transformaciones en el régimen educacional. Las revoluciones más estables son las que se hacen educando. Para cambiar un régimen es necesario emanciparse de su ideología. Los ideales nuevos nunca han nacido de las enseñanzas rutinarias y no pueden ser alentados por dogmatismos envejecidos; muchas veces penetran a las esenelas, combatidos por los tímidos y por los retardados; y siempre, cuando asoman, pujan por subvertir su estructura espiritual, desvenecijando los intereses creados que se tienen por más respetables.

La reciente guerra europea ha creado condiciones de hecho favorables a la experiencia de los nuevos ideales. La época revolucionaria en que todos vivimos — los ilustrados sabiendo y los ignorantes sin sospecharlo — se anuncia singularmente propicia a una sustancial reforma de la educación pública, en sus principios, en sus métodos, en sus finalidades, cosas mucho más importantes que las habituales reformas de programas, de horarios y de personal.

Circunstancias históricas bien conocidas han hecho de Rusia «el pueblo elegido» para iniciar el inmenso experimento social que servirá de norma al mundo civilizado. Y todos los que anhelaban para sus hijos una humanidad menos imperfecta han dirigido a Rusia la mirada, esperando su respuesta a los grandes interrogantes: ¿Es posible mayor Justicia entre los hombres? ¿La paz puede esperarse de la Cooperación? ¿El orden será restablecido por la Solidaridad?

Los que damos a esas preguntas una contestación afirmativa, sin que nos perturben intereses creados, pensamos que la revolución rusa, triunfante hoy por el genio de sus dirigentes y por la fe del pueblo, ha entrado ya a la fase constructiva y experimental. Y relejendo a Dostoyesky y a Turgueneff, a Tolstoy y a Gorki, advertimos con júbilo que aquella vieja Rusia de los autócratas ha muerto para siempre y que sobre sus ruinas humeantes está surgiendo la nueva Rusia del pueblo, vibrante de esperanza, anhelosa de libertad.

Las grandes obras son frutos naturales de la madurez de los tiempos; llegan a su hora, inevitablemente, sin que nada ni nadie pueda retardarlas. Pero enseña la historia que necesitan encarnarse en un hombre, que es su abanderado o su símbolo, su guía o su ejecutor, sumándose en él las aptitudes más excelentes para pensar o hacer, cuando el medio social crea la oportunidad.

Con un acierto superior a todo elogio, el gobierno revolucionario de Rusia confió el manejo de la Instrucción Pública y las Bellas Artes al ilustre escritor y artista Anatolio Vasilievitch, más conocido bajo su nombre patro-

nímico de Lunatcharky. Al hacerse cargo de sus funciones tenía ya una reputación hecha en Rusia y no era desconocido en los círculos intelectuales europeos; su obra, en sólo dos años, ha demostrado que no es un simple «funcionario» burocrático, sino un eminente pensador capaz de llevar sus ideales al terreno de la experiencia.

Sobre las ruinas dejadas por el nefasto Zar y por el oblicuo Kerensky, ha sido necesario organizar una educación pública esencialmente social, luchando contra el sabotaje de los maestros mismos; los más de ellos pertenecían a la «Unión de los Maestros de Rusia», sociedad formada con espíritu de privilegio bajo los auspicios de la autocracia zarista.

La administración central, y las locales, han sido montadas conforme a los principios del federalismo técnico y funcional. El antiguo ministerio y su engranaje de favoritismo político, ha sido reemplazado por un Consejo de Educación Nacional que preside Lunatcharky y por un Cuerpo Técnico que asesora al anterior en todos los asuntos pedagógicos. En ambos cuerpos están representados el Gobierno, las corporaciones sindicales, las sociedades de maestros y profesores, las instituciones pedagógicas y las sociedades de cultura popular. Todos los que saben y se interesan por la función educacional están técnicamente representados. Esta organización, verdaderamente federativa, ha sido planeada desde el primer momento (1) perfeccionándose en 1919 su mecanismo técnico y extendiéndose el sistema a los Consejos Escolares de todas las ciudades y aldeas (2) que están federados, a su vez en Consejos Provinciales y Regionales, que tienen representación en el Consejo Nacional.

Es evidente que la coordinación de tan eficaz organismo administrativo no ha sido igualmente fácil en todo el inmenso territorio ruso; lo esencial es dejar establecido que existe y funciona con una extensión mucho mayor que la administración educacional zarista. Su andamiaje técnico puede esquematizarse en la forma siguiente:

- 1.º Cada escuela o instituto educacional está dirigido por un Consejo (Soviet Escolar), compuesto por representantes de los maestros, los alumnos, los padres, el municipio, la autoridad escolar superior y otras entidades relacionadas con la función de la escuela (bibliotecas populares, extensión escolar para adultos, sindicatos de madres, cuerpo médico, etc.)
- 2.º Las escuelas de un mismo municipio o distrito dependen de un Consejo (Soviet educacional de Municipio o distrito), en que están representados todos los Consejos de escuela y las entidades conexas.
- 3.º Las escuelas de una misma región o pro-

vincia dependen de un Consejo (Soviet educacional regional o provincial), en que están representados todos los Consejos de municipio y de distrito, además de las entidades conexas.

4.º Todos los Consejos Regionales o provinciales están representados en el Consejo de Educación Nacional, que es asesorado por un Cuerpo Técnico en que están representadas las entidades conexas.

Todos los representantes o delegados, desde el Consejo de Escuela hasta el Consejo Nacional, son directos y pueden ser revocados en cualquier momento por sus mandantes.

El Comisario (ministro) de Instrucción Pública es nombrado por el soviet federal y forma parte del Poder Ejecutivo. Este engranaje federativo posee resortes inversos. El Consejo Nacional tiene representantes en los Consejos Provinciales, éstos en los Consejos Municipales, éstos en los Consejos de Escuela y cada uno, por otra parte, tiene representantes en los Consejos de funciones conexas y en los Consejos político-administrativos de ciudad o provincia, en que están representadas las diversas funciones sociales.

Los principios que inspiran la educación elemental en Rusia reflejan las ideas más modernas de la pedagogía científica. Han podido llevarse a la práctica las normas expuestas durante el siglo XIX por los educacionistas más ilustrados, y que aun permanecían en el terreno de la pura doctrina; la desaparición de los intereses creados ha permitido salir de las rutinas que impedían ensayar la Educación Integral, tal como en su célebre escuela de Cempuis la aplicó Paul Robin, tal como la señalara Tolstoy para su arcádica escuela de Iasnaya Poliana.

Los principios cardinales pueden reducirse a tres: 1.º Unificación del sistema escolar; 2.º Capacitación para el trabajo de utilidad social; 3.º Educación para la vida cívica y política.

Los resultados de estas admirables concepciones educacionales parecen superiores a todo lo que podía esperarse en sólo dos años de experiencia; es importante señalar que aun los más decididos adversarios del régimen político y económico implantado en Rusia, están contestes en reconocer que sus esfuerzos en favor de la Instrucción Pública no han sido jamás iguales en ninguna nación europea.

Anatole France, Romain Rolland y Henri Barbusse, encabezando el valiente grupo ¡Claridad!, han señalado un derrotero nuevo a la opinión de los intelectuales del mundo. Y ellos, como otrora Eliseo Reclus, saludan con palabras jubilosas al pueblo que se ha puesto de pie para aniquilar el oprobioso régimen de los zares. Han logrado hacerse oír entre la confusión que han sembrado las agencias telegráficas subvencionadas por los tenedores de los empréstitos hechos a la autocracia rusa; y frente a la Francia de los espectadores que mienten al mundo, fomentan la rebeldía y pagan la traición, ellos representan y honran a la Francia que proclamó los Derechos del Hombre y cantó La Marsellesa en la hora de las más gloriosas redenciones humanas.

(1) Ver el primer Informe Anual de Lunatcharsky.
(2) Ver el Informe Norteamericano de Post Wheeler.

La Defensa de Lenin

por Georges Sorel

Reproducimos de la revista «España» el siguiente interesante estudio de Sorel, sobre Lenin.

Antes de la guerra (se copian las palabras del profesor Seippel) se había propagado en los círculos sindicalistas una doctrina de la fuerza que tenía evidente parentesco con la de los imperialistas alemanes. En sus «Reflexiones sobre la violencia», Georges Sorel ha predicado este evangelio nuevo: «La función de la violencia, — decía — nos aparece con regular grandeza en la historia, siempre que sea la expresión brutal y directa de la lucha de clases.» Nada se hace más que por la violencia. Es tan sólo menester que no se ejercite de arriba a abajo como en otro tiempo, sino de abajo a arriba. No se pretende poner fin al abuso de la fuerza. Se quiere que la fuerza cambie de mano y que el oprimido de ayer sea el tirano de mañana esperando el inevitable golpe de báscula que volverá las cosas a su primitivo estado.»

«Durante su estancia en Suiza, Lenin y Trotzky han podido meditar a su sabor el libro de Georges Sorel. Aplican sus principios con la más temible lógica... Esos militaristas jacobinos pretenden establecer para su provecho un czarismo al revés. Y este es el ideal que hoy se propone a las naciones europeas.»

Aunque se haya acusado más de una vez a los amigos del «Journal de Genève» de ser agentes de la diplomacia oculta de la Entente, quiero creer que el profesor Seippel, al escribir este artículo no estaba animado del piadoso deseo de hacer recaer sobre mí la atención de la sombría policía francesa. No necesito hacer observar a mis lectores que este representante eminente de la burguesía liberal no ha comprendido nada de mi libro. Su caso prueba, una vez más, como los polemistas que asumen la tarea de defender la civilización latina contra las barbarias nórdicas orientan su espíritu hacia la estupidez.

No es mi intento hacer méritos para obtener indulgencia de los innumerables Pablos Seippels que contiene la «literatura de la victoria», maldiciendo a los bolshéviks, que tanto asustan a la burguesía: no tengo motivo alguno para suponer que Lenin haya tomado ideas de mis libros; pero si así fuera, no estaría yo poco orgulloso de haber contribuido a la formación intelectual de un hombre que me parece ser, a la vez, el teórico más grande que el socialismo haya tenido después de Marx y un jefe de Estado genial, que recuerda el genio de Pedro el Grande.

Cuando la Comuna de París, sucumbía, Marx escribió un manifiesto de la Internacional, en el cual los socialistas actuales acostumbra a ver la expresión más acabada de las doctrinas políticas del maestro. El discurso pronunciado en mayo de 1918 por Lenin sobre los problemas del poder de los soviets, no es menor en importancia que el estudio de Marx sobre la guerra civil de 1871. Es posible que los bolshéviks a la larga, sucumban bajo los golpes de los mercenarios contratados por las plutocracias de la Entente; pero la ideología de la nueva forma de Estado proletario no perecerá; sobrevivirá, amalgamándose con mitos que tomarán su contenido de las narraciones populares referentes a la lucha sostenida por la república de los soviets contra la coalición de las grandes potencias capitalistas.

Cuando Pedro el Grande subió al trono, Rusia no se diferenciaba mucho de la Galia merovingia. Quiso transformarla de raíz, para que su Imperio se hiciera digno de figurar entre los Estados civilizados de la época; todo lo que podría llamarse «directors» (nobles de la corte, funcionarios, oficiales); tenía que aplicarse en imitar a las gentes que en Francia ocupaban análoga posición. Su obra fué terminada por Catalina II, que los filósofos de la época volterriana exaltan, justificadamente, como una prodigiosa creadora del orden, del orden tal como se comprendía en el siglo XVIII.

Podría decirse de Lenin, que quiere, como Pedro el Grande, forzar la historia. Pretende, en efecto, introducir en su patria el socialismo, que, según los maestros más autorizados de la democracia social, no puede suceder más que a un capitalismo muy desarrollado: ahora bien; la industria rusa, sometida desde hace tiempo a un régimen de alta dirección gubernamental, de política fastidiosa y de incuria técnica, se encuentra en situación de gran retraso; no faltan socialistas de nombre que califiquen de quimérica la empresa de Lenin. Las buenas prácticas de las fábricas habían conseguido imponerse a los capitalistas por el juego de mecanismos medio ciegos: la función de la inteligencia, limitándose con su crítica a señalar las ventajas o desventajas de cada práctica, había sido bastante mediocre. Si la economía socialista sucedía a la economía capitalista en las condiciones previstas por Marx, inspirándose en observaciones de esos buenos usos se operaría de un modo casi automático, pues la inteligencia tendría, todo lo más, que proteger las adquisiciones del pasado burgués contra las ilusiones de revolucionarios cándidos. Para dar al socialismo ruso un asiento, que un marxista (como Lenin es), pudiera considerar sólido, es menester un prodigioso trabajo de la inteligencia. Esta ha de estar en situación de demostrar a los directores de la producción el valor de ciertas reglas que se han inducido de la experiencia de un capitalismo muy desarrollado; hay que hacerlas aceptar a las masas, en virtud de la autoridad moral de que gozan hombres que, por sus servicios, han obtenido la confianza del pueblo. Los responsables de la revolución están, en todo momento, obligados a defenderla contra los instintos que empujan siempre la humanidad hacia las regiones más bajas de la civilización.

Cuando Lenin afirma que la campaña a emprender para hacer definitivo el régimen socialista en Rusia es mil veces más difícil que la más difícil campaña militar, no comete exageración ninguna. Tiene razón al decir que nunca se han encontrado revolucionarios frente a empresa semejante a la suya. Antaño los innovadores tenían solamente que destruir ciertas instituciones reputadas como malas, mientras que se abandonaba el trabajo de reconstitución a las iniciativas de los maestros que la busca de ganancias extras lanzaba a tales empresas, pero los bolshéviks están obligados a destruir y a reconstruir, de modo que los capitalistas no vengan a interponerse más entre la sociedad y los trabajadores. Ningún gran progreso se obtiene en la industria sin pasar por muchas escuelas; los directores de la producción deben pasarse a tiempo cuando siguen un mal camino e inquirir experiencia. Lenin, no es uno de esos ideólogos que

creen que su genio les eleva por encima de las indicaciones de la realidad; así es que observa muy atento las enseñanzas que desde la revolución le suministra la práctica.

Para que el socialismo ruso llegue a ser una economía estable es menester que sea muy activa la inteligencia de los revolucionarios, muy bien informada y libre de prejuicios. Aún cuando Lenin no ejecutara todo su programa dará al mundo enseñanzas muy serias que la sociedad europea aprovechará.

Lenin puede, con razón, estar orgulloso de lo que sus camaradas hacen; los trabajadores rusos conquistan una gloria inmortal aborreciendo la realización de lo que hasta ahora no fué más que una idea abstracta.

A despecho de las predicciones de los grandes hombres de la «Entente», no parece fácil suprimir el bolshevismo; los gobiernos inglés y francés debían de empezar a pelearse que no tienen razón el dar oído demasado complaciente a los rusos ricos que viven en las metrópolis del Occidente; todas esas gentes son completamente extrañas a las ideas que han prendido en los obreros y campesinos de su país. A pesar de haber vivido Lenin mucho tiempo fuera de Rusia, ha seguido siendo un verdadero moscovita. Cuando llegue la hora de juzgar los acontecimientos actuales con imparcialidad histórica se observará que el bolshevismo ha debido buena parte de su fuerza al hecho de que las masas le consideraban como una protesta contra una oligarquía cuyo principal afán era no parecer rusa. A fines de 1917, el antiguo órgano de los «Cien Negros», decía que los bolshéviks habían demostrado que eran más rusos que los rebeldes Kaledin y Ruský, que han traicionado al zar y a la patria («Journal de Genève», 20 de diciembre de 1917); Rusia aguanta paciente muchos sufrimientos porque se siente por fin gobernada por un verdadero moscovita.

Desde hace dos siglos sólo un zar quiso ser ruso: Nicolás I. Amo mi país, decía en 1839 a Custin, y creo haberlo comprendido; os aseguro que cuando estoy hastiado de todas las miserias de la época, quiero olvidar el resto de Europa sumiéndome en el interior de Rusia. Nadie es más ruso que yo.» Custin consideraba que Nicolás quería hacer volver «a su manera natural, una nación perdida durante más de un siglo en las vías de la imitación servil.» Es sabido que el emperador exigía que se hablara ruso en la corte, a pesar de que muchas damas no conocían la lengua nacional. Sentía que Nicolás, «no obstante su gran sentido práctico y su profunda sagacidad», no tuvieran el valor de dejar Petersburgo por Moscú. «Con esta vuelta hubiera reparado la falta del zar Pedro que, en vez de arrastrar a sus boyardos a la sala de espectáculos que les construía en el Báltico, hubiera podido, y debido, civilizarlos en su propio país, aprovechando los admirables elementos que la naturaleza había puesto a su disposición, elementos que desconoció con un desdén y ligereza de espíritu, indignos de un hombre superior, como lo era en ciertos aspectos... O Rusia no cumplirá, lo que nos parece ser su misión, o Moscú será algún día de nuevo capital del imperio. Si yo viera alguna vez el trono de Rusia vuelto a colocar en su verdadera base, diría: «la nación eslava, triunfando por un legítimo orgullo, de la vanidad de sus guías, vive, por fin, su propia vida.» (Custin, La Russie en 1839).

Los accidentes de la guerra han movido a los bolshéviks a efectuar ese traslado. Si ocurriera que sucumbieran a manos de sus enemigos, no es probable que un gobierno de

reacción osara arrebatarse a Moscú su rango de capital. Así, admitiendo que el régimen nuevo no pueda durar, habrá contribuido a reforzar el moscovismo en una sociedad cuyos jefes habían, durante tanto tiempo, orientado su espíritu hacia el Occidente.

Es pensando en los caracteres moscovitas del bolshévismo, que se puede hablar en historiador del procedimiento de represión revolucionaria adoptado en Rusia. Ciertamente que hay mucho de mentira en las acusaciones de la prensa de la «Entente» contra los bolshéviks, mas para apreciar sanamente los episodios dolorosos de la revolución rusa, es menester preguntarse qué habrían hecho los grandes zares si hubieran estado amenazados por revueltas análogas a las que la República de los soviets tiene que vencer rápidamente si no quiere suicidarse. No habrían, ciertamente, retrocedido ante los más terribles rigores para acabar con las conspiraciones sostenidas por el extranjero, en el seno de las cuales pululan los asesinos. Por otra parte, las tradiciones nacionales suministraban a las «guardias rojas» innumerables precedentes, que éstos han creído deber imitar para defender la revolución; después de una guerra espantosamente sangrienta, durante la cual se había visto al general Kornilov mandar aniquilar regimientos enteros («Journal de Genève», 16 octubre 1917), la vida humana no puede resistirse en Rusia. El número de personas fusiladas por los bolshéviks es, en todo caso, prodigiosamente inferior al número de víctimas del bloqueo organizado por los órganos oficiales de la justicia democrática.

Lenin, además, no es candidato al premio de virtud que otorga la Academia francesa; es sólo justificable ante la «Historia rusa». La única cuestión verdaderamente importante que el filósofo tiene que debatir es la de saber si contribuye a orientar a Rusia hacia la constitución de una República de productores capaces de abarcar una economía tan progresiva como la de nuestras democracias capitalistas.

Volamos, para terminar, a la complicidad moral que, según el «Journal de Genève», me ligaría a Lenin. No creo haber presentado en ninguno de mis escritos una apología de las prescripciones; es, pues, absurdo suponer, como el profesor Paul Seippel hace, que Lenin haya podido encontrar en las «Reflexiones sobre la violencia» ninguna imitación al terrorismo; pero si las ha meditado verdaderamente durante su estancia en Suiza, podrán haber ejercido en su ánimo una influencia muy otra que aquella a que mi acusador se refiere. No sería imposible que ese libro de inspiración tan proudhoniana, haya llevado a Lenin a adoptar las doctrinas expuestas por Proudhon en «La Guerra y la Paz». Si esta hipótesis fuera exacta, pudiera haber sido inducido a creer, con toda la energía de su alma apasionada, que las violaciones del derecho de guerra tienen infalibles sanciones históricas. Entonces se explicaría fácilmente su indomable resistencia.

He aquí un discurso que pondría gustoso en boca de Lenin. La guerra de hambre que las democracias capitalistas hacen a la República de los soviets, es una guerra de cobardía; no tiene más que a negar el verdadero derecho de la guerra definido por Proudhon; admitiendo que las «guardias rojas» fuesen obligadas a capitular, la victoria de la «Entente» tendría sólo resultados efímeros. Por el contrario, los heroicos esfuerzos de los proletarios rusos, merecen que la historia los reconozca con el triunfo de las instituciones, para la defensa de los cuales consienten tantos sacrificios las masas obreras y campesinas de

Rusia. La historia, según Renan, ha recompensado las virtudes quirritarias, concediendo a Roma el imperio del Mediterráneo; aparte de los grandes abusos de la conquista, las legiones realizaban lo que él llama «la obra de Dios»; si hemos de estar agradecidos a los soldados romanos por haber reemplazado civilizaciones abortadas, desviadas e impotentes, por una civilización de la cual somos todavía discípulos en arte, literatura y monumentos, no habrá que estar agradecidos a los soldados rusos del socialismo. Qué frágiles serán para los

historiadores las críticas de los retóricos a quienes la democracia encarga el denunciar los excesos de los bolshéviks.

Y he aquí, por último, lo que yo por mi propia cuenta me permito añadir: Malditas sean las democracias plutocráticas que acosan a Rusia por hambre; no soy ya más que un anciano, cuya existencia está a la merced de los más mínimos accidentes; mas pueda antes de bajar a la tumba ver humilladas las orgullosas burguesías democráticas, hoy cínicamente triunfantes.

Hacia la administración social de la producción

por Augusto Bunge

A pedido de los redactores de «Claridad», les entrego las pruebas de una parte del resto de la conferencia sobre el tema: «Democracia burguesa y democracia obrera», que no ha salido en el resumen hecho por mí, publicado en «La Vanguardia» del 4 de junio. El texto completo aparecerá, como parte de un estudio mucho más extenso, en la Revista de Filosofía. Necesito hacer una aclaración aquí, ya que ella no me ha sido permitida donde era su sitio más indicado.

Durante el desarrollo de la conferencia (el 22 de mayo, en el Centro Socialista 6a.) tomé algunas notas un repórter de «La Vanguardia» enviado por la dirección a mi pedido, que lo hice no sólo porque las conferencias de otros parlamentarios habían sido recogidas taquígraficamente y publicadas su versión íntegra (quería corrección por los autores, como es elemental), sino porque yo no iba a tener tiempo material de redactar personalmente en esos días el resumen, que para ser inteligible reelanaba al menos dos columnas y media. Terminada la conferencia (a las 11 p. m.), dije al repórter que necesitaba corregir y ampliar sus notas, pues había observado que tomó muy pocas. Al pedirme éste que lo hiciera allí mismo, porque tenía orden del director de publicar sólo un breve extracto, a lo más de una columna a una columna y media, le declaré que tal espacio era insuficiente y que prefería en tal caso que eso no se publicara nada, y que las ampliaciones necesarias no podía hacerlas a hora tan avanzada. Quedó el repórter en enviarme sus notas el día siguiente, domingo, quería la corrección por él mismo. Todo esto tuvo lugar ante varios testigos.

Con sorpresa vi que «La Vanguardia» del otro día publicaba, como síntesis de mi conferencia, esas notas truncales, no revisadas ni autorizadas por mí, y encontré en ellas, errores de redacción que, añadidos a su carácter trunco, alteraban groseramente el concepto fundamental expuesto. En las pocas horas libres que tuve ese día comencé a redactar la versión antedicha, que más luego aplacé por la razón ya dada.

Como no podía suponer que se opusieran dificultades en la publicación de la versión sintética, y ella era la mejor rectificación de hecho, consideré superfluo apresurarme a mandar una rectificación preliminar. Tampoco había apuro para comprobar la redacción de la conferencia, puesto que «La Vanguardia» de los días siguientes salía ocupada a razón de cuatro columnas diarias por una conferencia del diputado De Tomaso. Me ocupé, pues, en lo que tenía que hacer en esos días. Pero el 26, cuando ya había empezado el trabajo de redacción interrumpido, al abrir «La Vanguardia»

dia» (a las diez y media de la mañana, hora en que me llega habitualmente) encuentro un suelto de título llamativo en el que se me hacía blanco de una majadería, firmado por un redactor del diario, bajo pretexto de dos de los párrafos más alterados de la versión trunca de mi conferencia; en virtud de esto, amplí la redacción de lo que me faltaba, porque era en partes justamente donde había que rectificar los más groseros errores, y envié el escrito a las 5 p. m., dividido en dos partes, cada una de dos columnas, de manera que podía publicarse sin inconveniente en una «Vanguardia» de ocho páginas. Y en este caso con mucho mayor motivo, dada la alteración primera y la impertinencia a que ella había servido de pretexto, por parte de un empleado del diario, y casualmente el día en que «La Vanguardia» era el único diario de la mañana (tres días después de la publicación a que se refería el suelto).

El director rehusó la publicación, aduciendo falta de espacio. Ante mi insistencia, tanto el secretario de redacción como la persona que envié me informaron en las mismas palabras: que la dirección sólo aceptaría una publicación de una columna y cuarto, a lo más una y media. Rehusé, como era natural, y envié en cambio una breve nota relatando los hechos, desautorizando la versión alterada, y anunciando que ofrecería el texto íntegro de la conferencia a una revista científica. Tampoco esa nota fué publicada.

Varios días más tarde habiendo declarado el director que aceptaría hasta dos columnas y media, envié mi extracto de esa extensión, entregado del trabajo anterior, con una breve nota preliminar desautorizando la versión publicada y dejando constancia de que no estaba autorizada por mí. A los dos días salió el resumen antedicho de mi conferencia, pero sin esa nota preliminar.

He aquí por qué debo dejar constancia de los hechos en otra publicación. Por si se pretendiera insinuar que he modificado conceptos fundamentales de una exposición pronunciada ante un gran número de personas, por el solo hecho de haber sido blanco de una majadería cualquiera, diré que mis antecedentes me permiten, sin que haya lugar a la menor duda, rechazar con el pie semejante suposición.

Las cooperativas representan el punto de vista del consumidor; el movimiento sindical, el punto de vista del productor; y en los consejos obreros, tales, por ejemplo, como los instituye la nueva constitución alemana, como base de un «consejo económico nacional», me parece ver el punto de partida de un movimiento de coordinación tendiente a crear una

armonía, una síntesis de esos puntos de vista, en apariencia opuestos y sin embargo, complementarios el uno del otro, del productor y el consumidor.

Los cooperativistas enseñan, con razón, que la producción es determinada por las necesidades del consumo. Producimos lo que necesitamos o deseamos para vivir; no vivimos para producir. La experiencia nos demuestra también la falta de perspectivas, el incipiente desarrollo y los frecuentes fracasos de las cooperativas de producción — institución simpática pero de concepto pequeño-burgués — mientras que la cooperación para el consumo ha conseguido reunir en los países de más avanzada evolución muchos millones de asociados, se desarrolla con creciente rapidez, y gracias a los importantes capitales así reunidos y a la mayor capacidad técnica de las grandes asociaciones, ha dado vida a excelentes empresas industriales en las que la producción se efectúa de acuerdo con el principio colectivista, de producir «valores de uso» para los asociados, y no «valores de cambio», o mercancías para lucrar con su venta, como en el sistema capitalista de producción.

Empero, la cooperativa de consumo, aún cuando llegara a realizar el ideal cooperativista de asociar para sus fines a todos los habitantes de cada país, y a las diversas federaciones nacionales entre ellas, no puede abarcar todo el campo de la producción, pues los capitales que puede acumular el ahorro de los trabajadores son relativamente pequeños; y el radio de la acción cooperativista, que la práctica demuestra tan fecundo, es la casa: la provisión local de alimentos, vestidos, muebles, la construcción de viviendas.

Limitada desde el punto de vista cuantitativo, la cooperación libre de consumo tampoco puede ser asimilada a la socialización desde el punto de vista de sus bases internas, debido a la necesidad de la suscripción de acciones y a su régimen de producción.

La administración de los talleres y fábricas — podemos también suponer granjas — dedicadas a producir valores de uso para los cooperadores, si se la ejerce en forma centralizada, y por intermedio de representantes de todos los cooperadores en masa, sin diferenciar entre ellos categorías de productores para función alguna, si la concebimos no, en la más vasta escala, viene a ser, aunque en una forma sin duda más liberal, análoga a la estatificación para y simple, y al colectivismo fabiano. También en los órganos del Estado democrático moderno puede en cierto modo considerarse representado el punto de vista del consumidor, y los productores y sus organizaciones sindicales disponen del arma electoral. Lo mismo en el capitalismo de Estado, los productores para la cooperación de consumo carecen de una intervención directa en el propio mecanismo de producción de que forman parte.

El movimiento sindical, representativo del punto de vista del productor que es forzosamente más limitado y corporativo, se ha orientado prácticamente, en su conjunto, por una noción precisa de sus funciones. La ideología sindicalista ha influido sólo excepcionalmente en la acción efectiva del movimiento gremial: en el sentido de intentar adueñarse totalmente los sindicatos del mecanismo de la producción y la propiedad de sus medios, en la creencia de que por ese medio ha de desaparecer el Estado y surgir en su lugar una organización exclusivamente económica y corporativa. Pero el punto de vista del productor, que esta ideología tiene el mérito de haber puesto de relieve, aunque con un exclusivismo que la ha esterilizado durante muchos años, tanto como la táctica de él deducida, no puede ser

ajeno a la democracia obrera, siempre que se subordine al concepto del interés general. Ese punto de vista es indispensable para que lleguen a formarse órganos de administración social de máxima eficiencia técnica, y constituidos según el principio democrático de la representación más directa posible.

El concepto ha sido indicado en una u otra forma desde hace medio siglo, por socialistas marxistas, luego un tanto olvidado por el socialismo o colectivismo de Estados, pero le vemos hoy actuar prácticamente en el movimiento hacia la socialización. Lo sostienen en una u otra forma todos los sindicatos obreros que reclaman la nacionalización de alguna gran industria: los ferroviarios y los mineros ingleses, los ferroviarios norteamericanos y los franceses; lo defienden casi todos los gremialistas socialistas de Alemania, incluso los mayoritarios como Umbreit, que han hecho últimamente publicaciones sobre socialización. Los trabajadores del Estado — últimamente en Inglaterra los empleados de correos — reclaman en número creciente una participación en el control de sus respectivas empresas.

No es cierto en este respecto que la enseñanza de los últimos años ha podido modificar las ideas del que esto suscribe, sino tan sólo precizarla y ampliarla; pues ha esbozado este mismo concepto en 1915, en una sección del libro «El culto de la vida.» Podría definírselo diciendo que expresa la **tendencia a**

entregar la administración de las empresas que vayan nacionalizando (y de la tierra, cuando llegue el momento), como transición hacia una socialización más efectiva, a corporaciones de derecho público, constituidas por representantes, en los órganos locales y en el órgano central de cada ramo de producción, de los trabajadores ocupados o de sus respectivos sindicatos obreros, técnicos y del público, y del gobierno (éste, constituido esencialmente por el parlamento). En diversos casos, — por ejemplo, los ferrocarriles y el correo — el público viene a ser todo el electorado, pues prácticamente todos hacemos uso de esos servicios; y no es más difícil sino más fácil votar con acierto por algunos comisionados de ferrocarriles o de correos, elegidos de entre personas de competencia conocida en la materia, que elegir diputados. En otros casos, «el público» es una entidad más compleja o más limitada; puede ya estar organizado especialmente para ellos en las cooperativas (de habitación, de subsistencias) o puede estar formado sólo por una categoría especial de electores. Por ejemplo, la representación general en los consejos escolares debería corresponder a los padres de los educandos, con cuyos representantes colaborarían los representantes de los educadores.

Augusto Bunge.

“Hoy y Aquí”

¿Punto de vista [socialista]?

por Dalmiro Rossi

He aquí una formulita en la cual se inspiran muy a menudo y demasiado ciegamente muchos socialistas compañeros nuestros, al referirse a la acción que debe desarrollar la clase trabajadora en su diaria lucha con la burguesía, y mediante su triple organización gremial, cooperativa y política.

Tanto se inspiran en ella y tanto se ha repetido entre nosotros, que ha llegado a convertirse en un verdadero estribillo que nos obsesiona cada vez más, aun cuando — como me propongo demostrarlo muy brevemente — tal expresión encuadra más dentro de las ideas y conceptos conservadores y aun reaccionarios, que en el concepto obrero y socialista de la organización actual de la sociedad.

Y es que a fuerza de repetir las cosas se termina por acostumbrarse a ellas, y convirtiéndolas en lugares comunes, se las acepta sin beneficio de inventario, a pesar de que muy luego y en la mayoría de los casos, se les atribuye un significado distinto del verdadero. Es lo que ha ocurrido en el partido socialista con el punto de vista que encabeza estas líneas. Y porque entiendo que es hora ya de reaccionar contra esa modalidad que puede hacer peligrar la eficiencia y la efectividad de la lucha proletaria en nuestro medio, es que hago públicas estas sencillas reflexiones.

Empleado con suma prudencia y aplicado solamente en cuanto a los «medios» de lucha que deben emplear los trabajadores para obtener lo que se proponen, la citada fórmula podría ser valedera y hasta eficaz. Porque si bien el ideal de éstos y su aspiración más cara, es el cambio total del régimen económico, social y político imperante; para llevarlo a cabo debe elegir y aprovechar — so pe-

na de caer en la esterilidad — las armas y los medios que ese mismo estado de cosas le depara, aunque sin apearse demasiado a ellos, pues este último podría dificultar en determinado momento histórico el cambio que se persigue.

Me abstengo, pues, de criticar a los que la usan en tal sentido y con la mesura que la misma elasticidad de la expresión aconseja. Pero es el caso que habiendo comenzado por aplicarlo con ése, que es el único y verdadero significado que tiene desde el punto de vista obrero y socialista se ha pasado casi insensiblemente a usarlo para referirse a los «fines» que los trabajadores persiguen, consistiendo en este hecho el peligro a que hice referencia.

Según el concepto conservador, todo lo «hoy» existente en materia de instituciones políticas y de organización económica y social, debe conservarse y defenderse a todo trance, porque aún admitiendo que todo ello fuera malo o defectuoso e injusto, se tropieza con la imposibilidad de superarlo. Se explica así que los militantes de esa tendencia social hagan una especie de culto de ese «hoy» que constituye el primer miembro de la fórmula que analizamos.

El socialismo en cambio, y con él la clase trabajadora, sostiene que además de posible, es absolutamente necesario e inevitable el cambio radical de las formas actuales de la organización social, y aún de las ideas morales que ellas encarnan, mediante la transformación de la técnica y de la economía que son sus bases fundamentales; transformación que realiza la misma burguesía por las sucesivas evoluciones de su propio sistema. Quiere decir entonces que el socialismo tiene su vista puesta en el porvenir. Y aunque no puede salirse del

presente para excojer sus armas y medios de lucha, su acción debe referirse constantemente y sin desmayos al futuro. Por tal causa y en cuanto a los fines se refiere, no puede apearse ni poco ni mucho al referido primer concepto de la fórmula.

Por otra parte, y siendo su ideal muy superior y más firmemente basado que todos los que han sustentado las clases sociales que dominaron en los distintos períodos históricos, por cuanto tiende a satisfacer las necesidades y aspiraciones de la clase con cuyos intereses son más generales, permanentes, pues, coinciden con los intereses la gran mayoría de los hombres, este hecho le da la suficiente energía, estímulo y decisión para obrar con un desinterés y altruismo hasta ahora no superado, lo que le permite luchar desde ya por conquistas que han de beneficiar recién a las futuras generaciones. Así lo ha comprendido el actual gobierno socialista ruso cuando dedica tan preferente atención y sus más poderosos esfuerzos y desvelos, a la educación e ilustración de los niños, de que nos dan cuenta los documentos oficiales de aquel gobierno y otros de diversas fuentes que hasta ahora conocemos.

¿Qué relación hay o puede haber entre estos hechos y el «hoy», parte integrante del punto de vista que nos ocupa?

Por otra parte, la tendencia conservadora y «práctica» quiere que los hombres vivan firmemente apoyados con ambos pies en el presente, — para usar la gráfica expresión que no recuerdo a quién pertenece — es decir, aferrados a las cosas y a las instituciones de «hoy». El concepto y la acción socialista aspira a hacer que los hombres y las instituciones vivan con un pie en el presente y el otro en el porvenir; al revés de los reaccionarios que se mantienen o que pretenden mantenerse con uno en el presente y el otro en el pasado.

Y no puede ser de otra manera, pues como lo ha dicho magistralmente Justo: «El presente es un momento fugaz. Salimos continuamente del pasado; entramos constantemente en el porvenir.» Y si esta hermosa síntesis no fuera suficiente para hacernos ver lo equivocado de ese punto de vista, está ahí lo que alguien dijo parafraseando el viejo concepto de Alberdi: «Gobernar es prever.» Y dijo bien; porque así como la real misión del estadista consiste en adelantarse a los acontecimientos, a fin de evitar a la sociedad los perjuicios consiguientes si ellos la tomaran de sorpresa, con mayor razón la clase obrera, si aspira y quiere modelar su propia vida, debe hacer lo propio en lo que respecta a su clase, sino quiere verse forzada a sujetarse a los moldes de la ciega fatalidad le dé, o ser el juguete del acaso, de la anarquía o del capricho prepotente de una camarilla de privilegiados como en la actualidad.

El socialismo no puede entonces sin negarse a sí mismo, hacer suyo y sin grandes reservas, el «hoy» tan mentado. Y si hubiera de oponer o concretar en una frase su propio punto de vista debería decir: Hoy, sí; pero para hoy, para mañana y para siempre.

Por lo dicho puede comprender que tan pernicioso sería tener solamente en cuenta el futuro, como aferrarse exclusivamente al presente. En resumen, podemos decir que los trabajadores deben desarrollar su acción firmemente asentada en el presente, pero resueltamente dirigida al porvenir; amoldando su actividad al momento actual, pero inspirándose en el futuro; haciendo obra práctica, pero sin perder de vista la doctrina y el ideal; utilizando inteligentemente los medios, pero

sin olvidar ni por un instante la finalidad. Todo lo cual significa vivir, — como dijimos — con un pie en el presente y el otro en el porvenir.

Porque es necesario no olvidar que la filosofía conservadora y reaccionaria es estatista, o poco menos, ya que cree o simula creer en la inmutabilidad de las cosas, de los seres y de las instituciones «hoy» existentes; en tanto que el socialismo es revolucionario por definición; empleando el término «revolución» en su sentido estrictamente científico. Y observe el lector que digo revolucionario y no evolucionista, porque el primero de esos conceptos implica o comprende el segundo, y la recíproca no es siempre cierta. Recaleo, pues la expresión, tanto más, cuanto que un compañero (1) ha querido hablarnos de la invariabilidad y eternidad de la revolución; pero al hacerlo, ésta se le desliza de la pluma volviéndosele al tintero, lo que le obliga a presentarnos a analizar en su lugar la evolución. Cuestión de una r más o menos, pero que varía fundamentalmente el concepto.

La revolución es consecuencia fatal e inevitable de una serie de evoluciones anteriores, por lo cual se ha dicho con razón que la primera es la misma evolución cuyo ritmo se acelera en determinados períodos históricos. Esta última es, pues, la «invariable y eterna», pero no así la revolución que es perfectamente diferenciada y periódica. El revolucionario — repito — es necesariamente evolucionista, pero no último no siempre es revolucionario.

Hecha esta necesaria digresión, vuelvo al asunto principal de mis reflexiones, para ocuparme del «aquí», que constituye el complemento necesario y fatal de la fórmula. La tendencia social que se inspira en la conservación de todo lo existente, obra siempre con espíritu localista y estrecho, por lo mismo que tiene como punto principal de mira los intereses de un reducido grupo de privilegiados, frente a la masa enorme de los desheredados. No tiene, entonces, ningún inconveniente en aceptar dicho complemento. Más todavía: dado el sistema burgués de la producción y distribución de la riqueza, es de vital importancia para tal tendencia obrar así. Porque los intereses y aspiraciones de conservadores, burgueses y capitalistas de un grupo local dado, son generalmente contrapuestos al grupo de la misma tendencia social de otra, y aún de todas las otras localidades (en virtud de la competencia), sean éstas ciudades, provincias o naciones, y sólo se unen cuando las amenaza un gran peligro común (2).

En esta forma está obligada a completar el «hoy» con el «aquí» de la expresión comentada. Y en su lucha constante con las fuerzas siempre conscientes de la organización obrera y socialista, es un lugar común oírlos sostener en Francia por ejemplo: «Los socialistas franceses no son tales sino unos vividores; en Alemania sí que se hace socialismo de verdad. Mientras que los conservadores y capitalistas alemanes dicen a su vez: «Los socialistas alemanes son en realidad unos simples explotadores del obrero; en Francia sí que hay socialistas de verdad.» Se ve claramente que en el afán insensato de impedir las reivindicaciones del proletariado, al conservador y reaccionario, inspirado por los intereses del capitalismo privilegiado, se le importa un bledo de lo que ocurra en la vereda de enfrente, con tal de que él pueda conservar lo más posible las gangas y privilegios que le son tan caras.

La clase obrera de cualquier país en cambio, tiene intereses y aspiraciones comunes con los trabajadores de todos los demás. Y para

asegurar la propia eficacia de su acción, no debe ni puede encerrarla en fórmulas de valor puramente local, sino que debe referirla al movimiento internacional de su clase. Lo prueba hasta la evidencia el ejemplo de la otra clase su nemiga, que se une internacionalmente para combatirla mejor.

Los trabajadores de cada país aisladamente, y los de todo el mundo en su conjunto, forman la inmensa mayoría de los hombres. Por esta razón su interés coincide y se confunde con el interés general de la nación y de la humanidad. Y si bien es cierto que los trabajadores de una nación deben usar las armas y adoptar los medios de lucha que resulten más eficaces en su medio, no es menos cierto que nunca jamás debe olvidar que es parte de la clase explotada del mundo, y que su causa es — ni más ni menos — la causa de la humanidad.

No hay nada entonces que pueda inducir a la apearse demasiado a esa segunda parte de la fórmula. Y si, como en el caso anterior, debiera sintetizar en una frase su punto de vista en esta cuestión, la clase obrera debiera decir: «Aquí, allá y en todas partes,» confirmando así el histórico llamamiento de Marx y Engels: «Trabajadores de todos los países, uníos!» Y no por el sólo hecho de unirse, así, «pour la galerie», sino con el propósito firme de desarrollar una acción común con los distintos grupos de trabajadores, para que no vuelva a suceder lo que actualmente con la revolución socialista en Rusia.

¿Qué valor tiene frente a estos hechos el «aquí» que a cada paso y con cualquier pretexto se nos endilga sin tasa ni medida? Ninguno; o por lo menos muy escaso y relativo. Pero nunca como para constituir una cuestión principal como se pretende hacer de ella. Lo principal es precisamente lo contrario para la clase trabajadora y explotada.

(1) Enrique Villareal. — «La revolución invariable y eterna.»

(2) La revolución burguesa de 1789 provocó la formación de la «Santa Alianza» de las monarquías absolutas, el clero y la nobleza internacional que entonces obraban como fuerzas conservadoras, frente a la burguesía revolucionaria. Y la actual revolución proletaria de Rusia, ha tenido la virtud de inspirar la acción común y contrarrevolucionaria de todos los gobiernos burgueses de Europa, como si fueran uno solo, y a pesar de sus divergencias en otras muchas cuestiones, especialmente en las económicas.

Ciudadano:

Si Vd. quiere ser útil a nuestra revista, hágase suscriptor y propagandista de ella.

La fuerza socialista de la República Argentina necesita una publicación que basada en los principios del socialismo revolucionario, sea una verdadera fuente de información del movimiento proletario internacional.

CLARIDAD! pretende llenar ese vacío. Ayude Vd. a su obra difundiendo.

Evolución y Reacción

por Alfredo A. Costigliolo

manera de la tortuga que luchara a la carrera con Aquiles. Y esto es lo que se llama desarrollo natural.

De tal modo que el partidario de la evolución para quien solo es real lo que deviene y se hace, había de negarla luego mediante su postulado de la voluntad de potencia, es decir, ir hacia la unidad, no desde lo más bajo, sino reaccionando contra todo lo que haya de subjetivo y donquijotesco en la literatura humana.

Este concepto de perfección o egolatría, ha sido falseado por Carlos Octavio Bunge: «Los hombres — dice este autor — amalgaman siempre estas tres ideas generales: la aspiración a mejorar, la perfección considerada en sí misma y Dios. Nunca se vinieron tales principios mejor que en el precepto bíblico: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre que está en los cielos.» La interpretación de Carlos Octavio Bunge es que, mejorando el hombre subjetivamente puede llegar a lo ultraobjetivo y ultrasubjetivo, como quien pretendiera, confundiendo la aspiración a mejorar con la potencia aspirativa, identificar el idealismo con el panteísmo, es decir lo que evoluciona con lo que no reconoce evolución alguna; o bien identificar el esfuerzo con la fuerza, la necesidad de ideales para acrecentar la individualidad con la indiferencia hacia los ideales por haberse avasallado con el afán de perfección. Creemos, por lo mismo, que, con la ciencia divina de Sócrates, no se avasalla con el subjetivismo inherente al hombre; verdad que con una innegable confianza en el devenir, pero sin la eficacia suficiente para

hacer del hombre — ser pasivo — un ser desligado de cuanto le limita. Es, pues, de absoluta necesidad reconocer que, sólo reaccionando (y no confiando) contra todo devenir, es como se llega a ese grado de deificación enunciado por el precepto bíblico (altamente revolucionario) y a la cual tiende necesariamente la humanidad, pero que no reconocerá jamás en su fuerza la unidad, en tanto — propendere en ella el instinto — el imperio de la libertad — por lo que podría hacer suya esta lamentación de Alfredo de Musset:

Al atravesar la inmortal naturaleza el hombre no ha sabido hallar ciencia que dure más que andar siempre y siempre olvidar. Es decir, no salir de sí mismo. «El hombre que se sale de sí mismo — decía Hugo con perdón del arte desde Fidas a Goethe, desde el lejano Oriente hasta la revolución rusa — no existe.» Y es que, en puridad, ha sobrepujado todo esfuerzo y limitación: subsiste en la unidad. El hombre que existe para existir mejorando subjetivamente, sin la potencia aspirativa que tiende a suprimir la impiedad derivada de la lucha, acaso llegue a la abyección de un romanticismo enconado: llamará, como Sören Kierkegaard, absoluto a un amasijo de encono y de malevolencia; en su imbecilidad moral, hallaráse privado de esa facultad insuperable de identificarse con el dolor ajeno; hará del estereotipo de Job el asiento del cristianismo. Pero un pueblo que ha luchado por la unidad y la ha alcanzado, merece en verdad ser llamado un pueblo artista: es el sentimiento y la vida preponderando sobre la ruindad de un cristianismo groseramente paradójico; es el amor al réprobo y la negación del mal, con la mansedumbre derivada de la convicción que da la fuerza, con la bondad de los que han llegado a la verdadera vida!.

TRENOS A LA HOLGANZA

(POESIAS)

Del filósofo al hombre—

Por el inquisidor que roe mi conciencia
te juro, Humanidad, que pierdo la paciencia;
y, a poder, sometírate al cruento dolor
del plomo hirviente para sacarte del sopor.

¡Ay, hombre imbécil, hombre venal cobarde y bajo,
que santificas el vil yugo del trabajo...!
¿qué aguardas de este caos de cosas y de leyes?
Trabajar...; trabajar... ¡Que trabajen los bueyes!
Pero... ¿tú, hombre...?: la dicha de que corres en pos,
la llevas en tí mismo; en tí palpita un Dios.

Sírvete a tí; confórtate; lánzate con fiereza
a la conquista del derecho a la pereza;
y si la alcanzas, gózala con salvaje fruición,
como el osmio muriendo en la perpetuación.

Del poeta a los hombres—

Que se hunda el cielo, sobre los escombros de estrellas
sed guerbes; tened algunas horas bellas.
Y cantad con Virgilio, redimidos beocios:
«Oh Melibeo, un Dios nos ha dado estos ojos!»

A. Hernández-Cid.

El principio evolucionista enunciado por el immoralismo de Nietzsche: «De la más bajo ha de levantar su cumbre lo más alto, y sus impugnaciones al hinduismo, que considera los valores supremos de origen opuesto a los inferiores, lo creemos tan desacertado como que la idea de evolución es por lo incierta, lenta y limitada menos valedera que la preponderancia del instinto ante el cual no hay idea de evolución posible ni sacrificio a evolución alguna. En tanto en los primeros la particularización individual y concepción subjetiva no sale de sí mismo con sus rodeos e incertidumbres, en lo segundo vese la fortaleza que informa a la unidad. Un hermoso trozo de literatura bergsoniana nos convencerá de ello: «Precisamente porque la inteligencia — dice H. Bergson — trata siempre de reconstruir y con lo que está dado, deja escapar lo nuevo que hay en cada momento de una historia, no admite lo imprevisto y rechaza todo lo que importe creación. Lo que satisface a nuestra inteligencia es que antecedentes determinados produzcan una determinada consecuencia, calculable en función de aquellos; comprendemos también que un fin determinado provoque medios determinados de alcanzarlos. En los dos casos tenemos algo conocido que se compone con conocido, y en resumen lo antiguo, que se repite: es donde nuestra inteligencia se encuentra a gusto. Cualquiera que sea el objeto, abstracto, separará, eliminará, hasta substituir, si es preciso, el objeto con un equivalente aproximativo de su gusto.»... «La vida en general es movilidad; pero las manifestaciones particulares de la vida, sólo aceptan esta movilidad de mala gana y van con más retraso, que marcha siempre hacia adelante, mientras aquellas quisieran permanecer dando vuelta en el mismo sitio. La evolución en general se haría (en lo posible) en línea recta; cada evolución es un proceso circular. Como torbellinos de polvo levantados por el viento, los seres vivientes giran sobre sí mismos sacudidos por la gran ráfaga que es la vida.»

Este estado proteiforme de lo que evoluciona, este constante llegar a ser de la perfección; la sucesión de ideales y el derivativo inmediato que supone, el esfuerzo y la lucha, hace del concepto pesimista de la existencia algo tan innegable como la ineludible necesidad de la dureza para llegar al más alto grado de ideal posible. Si, v. g.: un pueblo de esclavos llega a convertirse en amo, nos equivocáramos de medio a medio si le atribuyéramos a una lenta y gradual evolución, o a una entera confianza en el devenir; al hacer de la libertad un poderío sería erróneo creer en una ascensión gradual, y progresiva; su plenitud y ascendencia vital originando una reacción inmediata y espontánea que no reconoce el socratismo inherente a los pueblos y a individuos que en la imposibilidad de alcanzar la unidad, se afirman a la confianza de un mejoramiento subjetivo, sin conseguir jamás salir de sí mismo. Vese un caso histórico en los helenos: el instinto heleno como la fortaleza preponderando sobre toda idea de devenir y el advenimiento de la confianza en el devenir como la decadencia del helenismo. «No puedo convencerme — dice Nietzsche a este respecto — de que, la historia de los griegos haya tomado ese curso natural que tanto se celebra en ellos. Estaban provistos de dones demasiado múltiples para ir progresivamente, paso a paso, a la

Preparando el terreno para un debate escabroso

por Juan Antonio Senillosa

En vísperas de publicarse parte de estas meditaciones, tendiente a fundamentar el plan de creación de un Instituto de Ética Sexual, que tuve oportunidad de exponer en octubre del año pasado en Montevideo, en la sesión de clausura de la Conferencia de enseñanza sexual celebrada por la Federación Abolicionista Internacional, debo hacer constar que, tanto el plan como los fundamentos, todo fue rechazado «in limine» por el conclave rioplatense allí reunido; no obstante lo cual, el público de estudiantes universitarios y normalistas que presenciaba la sesión, tuvo a bien aprobarlo íntegramente.

Como se sabe, esa Federación brega contra la trata de blanca y contra la reglamentación oficial del lenocinio, como institución social y comercio idóneos y garantidos por el estado, forma recientemente abolida en nuestra capital, en virtud de la nueva ordenanza municipal. Ha sido esta reforma el fruto de una campaña llevada a cabo contra viento y marea y a pesar de la conspiración del silencio de la prensa mercenaria, que, por cierto, estaba descontenta desde un primer momento por aquellos que conocían las interioridades de cierta actuación bastarda que se entremetía en la oposición al proyecto de la ordenanza hoy día en vigencia, gracias a los largos y acalorados debates que sostuvieron los socialistas en el seno del Concejo Deliberante.

Dada la palmaria división de la opinión en el ilustrado auditorio, juzgo prudente suponer que serán no pocos los ojos que se enciendan de ira o de ansiedad, conforme a la subjetividad de cada lector, en su caso particular, cuando se lea aquella página de crudezas que alguna vez es necesario decir, como que ya presiento, por ende, cuanto van a arderme las orejas.

Así es, pues, que me lanzo a despuntar previsoramente por una de sus fases más abandonadas la publicidad del tema, actualizándolo a propósito del nuevo libro del Dr. Carlos de Arenaza, sobre «Psicopatología sexual de los menores delincuentes»; así no sorprenderá a nadie mi burda exhortación a los elementos sociales representados en la conferencia argentino-uruguaya de los abolicionistas a establecer de una vez, urgentemente, el Instituto de Ética Sexual que, sin consideración de rango social ni de condición económica, ampare al adolescente, a la núbil y también a la célibe aun después de la mayoría, que fueren víctimas de la desidia, ignorancia, criminalidad o miseria de sus mayores.

Que el asunto es gravísimo y tiene profunda raigambre en la psiquis humana, tanto en lo individual como por lo que respecta al ambiente social, las citas del libro de Arenaza (médico de policía durante 18 años), lo expone, de seguida, meridianamente ante la opinión universitaria, dejando sospechar que la seguridad personal de los menores detenidos queda tan comprometida en la vida carcelaria como si fueran puestos a merced de alguna horda de beduinos.

Ha sido fundada hace poco la «Asociación Tutelar de Menores», gracias a la promulgación de una ley que, bajo forma de proyecto presentado de tiempo en tiempo por diferentes legisladores que lo modificaban sin alterarle mayormente su espíritu humanitario, había dormido durante un lapso de más de cinco lustros el sueño del olvido en las carpetas del

Congreso Nacional. Recuerdo que siendo yo estudiante y repórter, allá por el año 90, me esforcé en promover desde «La Prensa» la iniciativa del primer proyecto de ley para la restricción de la patria potestad a los malos padres. Ya era tiempo, pues, de pasar de la idea a los hechos ahora.

El primer asunto tomado en consideración por la comisión, compuesta de distinguidas damas y caballeros—elemento representativo de lo más granado de la plutocracia, del profesorado y de las profesiones liberales—ha sido el de la perversión sexual en las cárceles de menores. Un niño encarcelado, tuvo la salvadora ocurrencia de dirigirse por escrito a un fiscal, denunciando los horrores que él y sus compañeros de infortunio sufrían en la prisión. Esto movió a la judicatura del crimen a hacer una visita de inspección, que dió por inmediato resultado la liberación provisional de todas las criaturas reclutadas, como no podía ser por menos, dado lo que hubo de evidenciarse. Baste saber que Arenaza cita por cientos los casos comprobados de satirismo y de violaciones en las prisiones metropolitanas; con hojear su libro en las páginas 15, 17, 22, 82, 83, 85, 86, 91, 102, 106, 107, 109, 110, 112, 115 y 224, harta prueba se saca de ello.

Pero dejemos la palabra al honorable criminalista, cuya autoridad y elocuencia darán a estas líneas la fuerza que reclamo para abonar el terreno del debate público y libre de la cuestión sexual, que ha de llevar necesariamente a producir la revolución moral que, una vez por todas, reduzca a escombros la resquebrajada carcama de los mil embustes que se entrelazan inextricablemente con las mal llamadas «convenciones sociales», constituyendo muy comúnmente, por desgracia, un verdadero régimen de crueles artimañas, del que se valen los lisiados y los criminales libres—que son los más—para encubrir las consecuencias de sus laceras venéreas, de sus vicios sexuales y de sus crímenes, desde la de la simple blenorrea hasta la de la sífilis, que puede algunas veces acarrear hasta la terrible p. g. y perfectuarse por heredosifilis, desde el indefectible onanismo inicial de la pubertad—a causa del vicio racial que hay que extirpar a toda costa, para la salud y la dicha de las generaciones venideras—hasta el incesto, el infanticidio y los efectos del sadismo sanginario, haciendo alarde de supina impiedad al percatarse del daño en que dejan sumidos a propios y extraños, y de igual manera respecto a los riesgos graves que legan a la posteridad.

Dice Arenaza: «Las perversiones sexuales son frecuentes en los menores delincuentes... La cárcel reúne condiciones ideales para favorecer la perversión; la falta de sexo contrario ha sido señalada siempre como una de las causas que más la favorecen; de ahí la frecuencia con que se observa en los ejércitos, en las armadas, en los internados y en general en todas las agrupaciones donde se hallan representado sólo uno de los sexos; el hombre, privado de mujer, busca una compensación en el onanismo o en la pederastía (pág. 108...). Cuántas veces ellos también (los menores delincuentes), fueron víctimas en las barbas de la autoridad, en los cuadros de detenidos, donde los mandó la sociedad a purgar delitos no cometidos, cuando no pequeñeces muy inferiores a las que comete esa misma sociedad al

arrojarlos a esos antros de corrupción en que son víctimas de los apetitos depravados de delincuentes que se agitan en la más inmunda promiscuidad (pág. 244)... El ignorar la realidad de los hechos, o eludir su estudio, o arrojar responsabilidades sobre dependencias que no las tienen, no es, ni será nunca, la equívoca solución de un problema cuya importancia y proyecciones son incalculables.» (página 195).

Ahora bien; yo me pregunto: si esto pasa en la policía de la «gran capital del Sud», ¿qué es lo que no ocurrirá en los mil depósitos de presos y calabozos de comisarías en todo el país? ¿Qué antros de depravación sexual de la infancia callejera no serán aquellos puestos de seguridad y vigilancia, si nuestra «benevolencia»—tan lista para arrestar a los chicos bullangueros que gritan «¡muera el peludo!» (animalito tabá, según parece)—es incapaz, mientras tanto, de rescatar al cordero que cae, como en una trampa, dentro de la jaula en que el lobo está apesado? Se diría que la policía metropolitana se complace en cebar el monstruo, con mengua de su rango de institución ejemplar para el resto del país. La verdad es que no sientan bien estos reproches tan luego después de haber sesionado a puertas cerradas, en esta capital, el congreso sudamericano de policía, con la asistencia de delegados de Brasil, Chile, Uruguay, Perú y Bolivia, cuyos propósitos podría temerse hayan sido, más que sociológicos, de unificación de los expedientes de hacha y tiza para la inquisición civil con que el feneciente capitalismo se ensaña de nuevo sobre el proletariado, volviendo a las antiguas mañas del inextirpable parásito de siempre.

En buena hora la creación de la Asociación Tutelar de Menores; será obra modesta y generosa, a juzgar por los preliminares; pero, por mucho que se afane la novel y respetable institución, no llegará a curar la infamosa llaga, sino en muy limitada proporción y en esta capital solamente.

Hay que despertar y vigorizar el sentimiento público, muy atargado todavía en este país, de piedad por los niños desamparados de toda guía idónea y actual de moral positiva; y para esto han de coadyuvar, más adelante, contingentes sociales todavía no seleccionados en agrupaciones respetables, como, por ejemplo, el Instituto de Ética Sexual, que ya debiera ser una realidad.

No hay que desfallecer ante los obstáculos que a toda iniciativa saludable oponen la inercia del pasado. Se está recién en la preparación de una campaña de regeneración sexual, que, de ninguna manera, habrá de ser unilateral, ni mucho menos circunscripta a determinada condición o clase social. Será obra integral y sintética; requerirá la colaboración de todos los elementos sanos y desinteresados de la sociedad, dentro y fuera del hogar y de la escuela, muy principalmente de parte de los jóvenes cultos, de los adolescentes pundonorosos—los más interesados, por cierto, en hacer efectiva la innovación—y de los padres y maestros dignos de tales hijos y discípulos.

No se trata de difundir pragmáticas y receptarios para aprender a salir de las dificultades en tales o cuales casos dados, sino de penetrar sutilmente hasta lo más profundo de la inconciencia del niño y de la niña, por medio de la estética natural y de la sociabilidad adecuada a la edad sobre todo. Tengo bien en cuenta que me dirijo a jóvenes capacitados, para ser tan heroicos como el que más, en caso de requerirlo así la defensa de sus naturales e irresistibles aspiraciones a más verdad, más belleza y más sinceridad en sus afectos. Hay

que hacer afrontar heroicamente el paso del Rubicón a nuestros menores, de manera que puedan alcanzar las óptimas delicias que en su primer ensayo lograron los pastoreillos de Leopoldo Lugones (1) y Dafnis y Cloe (2) al iniciarse con sublime ternura en la comunión del «pecado original»; en fin—y para complacer a los «caballeros de San Ignacio» y a la «Corda Frates»—como Adán y Eva del «Paraíso perdido» y como habrían de haberlo consumado, a no dudarlo, Pablo y Virginia (3), si no hubieran tenido tan prematuro fin trágico los pobrecitos: enteramente ajenos a impresiones de asco y de baja que experimenta el ado-

lescente que, buscando amorío, se estrene en el comercio sexual con las loretas.

(1) «Los pastoreillos» («Tribuna Popular», Enero 31).
 (2) Conforme a la versión del obispo Amyot comentada por Ingenieros en «Como nace el amor». «Poema tan hermoso en su deliciosa sobriedad — dice Goethe — que la admiración crece considerablemente al insistir en su lectura.» — «Para mí — dice Juan Valera — sería no menos injusto tildar de poco decentes a Dafnis y Cloe, como tildar así igualmente al Apolo del Belvedere y la Venus de Milo. Toda la culpa, si la hay, está en el desnudo. Vestidas y bien vestidas, están Panny, Mme. Bovary, La mujer de feugo, La Dama de las Camelias y otras mil heroínas del día, y son harto menos honestas que Cloe.»
 (3) El poema pastoral católico de Bernardino de St. Pierre que Menéndez y Pelayo califica como «La única y pudorosa imitación del Longo», el hipotético autor de la joya clásica de la buélica.

Juan Antonio Senillosa.

Jorge Plejanoff

por Elías Leyboff

El Dr. Elías Leyboff ha sido un destacado militante del socialismo en Europa. Radicado desde un tiempo a esta parte en la República Argentina, no ha dejado de intervenir en nuestro movimiento. Es conocidísima su «carta abierta al ciudadano Justo», que publicara en 1909 a raíz de la polémica Ferri-Justo. Su artículo sobre Jorge Plejanoff, que nos envía, lo publicamos sin hacerlos solidarios de algunos de sus conceptos sobre el viejo teórico ruso, cuya conducta socialista en sus últimos años dejó mucho que desear.

(Nota de la Direcc.)

Los grandes acontecimientos que presenciarnos han provocado una confusión nunca vista de ideas y sentimientos en el campo socialista de todos los países. Nada de extraño si los ídolos de ayer se encuentran derribados de sus pedestales y en cambio hombres nuevos, ayer casi desconocidos, suben a una altura vertiginosa ante las masas y la opinión pública. Cuanta serenidad se necesita, cuanta firmeza y tranquilidad se precisa para conservar un equilibrio mental y moral en medio de las luchas presentes!

¿Quién hubiera creído hace pocos años que los alumnos rechazarán sin consideración alguna todas las enseñanzas de sus grandes maestros? ¿Quién se hubiera atrevido de afirmar que casi todos los apóstoles del marxismo revolucionario serían tratados de vulgares traidores a la causa de la Revolución Proletaria? Yo afirmo con toda mi fe marxista que Marx, si hubiera vivido y actuado en el escenario actual, no hubiera escapado a la mala suerte de sus fieles sucesores. Señores maestros del marxismo revolucionario, ustedes todos son traidores a la causa socialista! — les gritan los alumnos embriagados de la violencia revolucionaria. ¿La segunda internacional? Pero, ¡es toda amarilla! ¡Está muerta! ¡No queda de ella ni siquiera un recuerdo digno de disensión! Los Kerensky, los Bebel, los Plejanoff, los Jaurés, todos esos propagadores del marxismo revolucionario — vivos o muertos — pertenecen a la remota atmósfera de nuestra pobre humanidad!

En la Rusia Sovietista se ha establecido un tribunal severo que con sus sentencias implacables fulmina a todos los grandes maestros del proletariado socialista, de la internacional obrera. Tal suerte le cupo a Jorge Plejanoff, el apóstol autorizado, no sólo del marxismo ruso, sino del socialismo internacional. Ni Trotzky, ni Lenin, hubieran podido exhibir las enseñanzas de Jorge Plejanoff. Es cierto que en la actual refriega sangrienta, en medio de las luchas finales del socialismo contra el capitalismo agonizante los individuos cuentan poco. Pero no se trata de un hombre que tuviera un papel fugaz, provisorio, pasajero en la historia del pensamiento socialista ruso. Se trata de un hombre-escuela, de un gran maestro que con sus obras literarias y su palabra

viva en los mitines, las conferencias, los congresos nacionales e internacionales, ha educado toda una generación marxista no solamente en Rusia sino en los círculos obreros y socialistas de todos los países. Si Jorge Plejanoff discrepaba con Lenin y los bolsheviks en las cuestiones de la guerra y la paz, si él admitía tácitamente la colaboración provisorio de sus partidarios en el gobierno revolucionario de Kerensky, si él tenía un concepto algo menos catastrófico de los cambios económicos, en la evolución histórica, si la invasión violenta de los soldados de Scheidemann y de Noske en el territorio ruso sirvió sus sentimientos de socialista ruso y provocó en su al una reacción natural, no son esas razones suficientes para tratar al gran maestro de simple traidor a la causa de la Internacional Obrera y Socialista. Yo me recuerdo una conversación personal con Jorge Plejanoff en Ginebra cuando la aventura millierandista en Francia. Yo, partidario incondicional en aquel entonces de este maestro, no aceptaba la tesis de Plejanoff sobre la participación en el gobierno de Valdeck-Doussan (gobierno de defensa republicana). Yo defendía la tesis de Julio Guesde que era en aquella época una tesis perfectamente leninista, sin que Guesde conociera la existencia del bolshevikismo ruso. Esta conversación me produjo una impresión bien punible, pero me hizo reflexionar mucho sobre los argumentos del maestro. Y bien, Jorge Plejanoff se rectificó honrosamente en el congreso internacional de Amsterdam sobre la colaboración de Millieran en el gobierno capitalista (colaboración que de provisorio se tornó en permanente y traicionera). Pero si en esta cuestión de política socialista francesa yo tenía razón contra mi maestro, esto no me daba derecho de renegar «en bloque» toda la enseñanza marxista de Jorge Plejanoff. Estoy seguro de que éste como todos los socialistas sinceros del mundo se hubiera adherido a la Revolución Proletaria en Rusia si la muerte no lo hubiera sorprendido en plena lucha por la Revolución Social. Cuando un socialista ruso se da la pena de recorrer la historia del movimiento obrero socialista en Rusia, encuentra el nombre de Jorge Plejanoff en todos los escritos, periódicos, folletos, libros, revistas, etc., que se relacionan con el movimiento obrero y socialista ruso.

Toda la generación de marxistas rusos sin distinción de fracciones debe su educación intelectual y socialista moderna a Jorge Plejanoff. Kerensky y sus partidarios tenían siempre en este gran maestro del marxismo su más irreductible adversario doctrinal. Gracias a él y a sus discípulos, gracias a la brillante propaganda libertaria de Jorge Plejanoff el

marxismo revolucionario ha triunfado en Rusia de todos sus adversarios, teóricos y prácticos. Cuarenta años de apostolado marxista han preparado el advenimiento de la III Internacional.

¡Plejanoff oportunista! ¡Plejanoff traidor al marxismo!

¡Qué insulto a la memoria del gran maestro de la revolución proletaria! ¡No! ¡Saludemos a la gran República Sovietista de Rusia, pero no olvidemos a sus grandes precursores! Es tiempo que acaben esas otras mentiras sobre la revolución rusa: la traición de los Plejanoff, los Martoff, los Chjeodge, los Axelrod, etcétera. Viene ya la hora de rehabilitación para todos los que aceptaban siempre la finalidad revolucionaria: el aplastamiento del capitalismo y su sustitución por el socialismo proletario.

¡Basta de excomuniones infundadas e injustas!

Todos los que acepten el advenimiento del régimen socialista en Rusia y lo consideren como punto de partida para la realización de la revolución social en el mundo entero, deben ser considerados como socialistas sinceros a pesar de las múltiples divergencias doctrinarias que dividen actualmente a los partidos socialistas de varios países. Estamos seguros de que la Internacional triunfante (sea la III o la IV), cobijara en su seno a todos los socialistas que aceptan la conquista revolucionaria del poder por el proletariado y la implantación del régimen socialista o comunista. Sólo los que resistieran a tal deseo, los que permanecerán con sus ilusiones reformistas., con su fe en el parlamentarismo burgués y en la utilidad de la colaboración permanente con la burguesía, quedarán fuera de la Internacional y serán aplastados junto con la burguesía bajo el peso de la Revolución Social.

Dr. Elías Leyboff

Dos Cartas

Sin otro comentario publicamos las cartas cambiadas por nuestro compañero Gaspar Mortillaro y el Dr. Gregorio Bermann, referentes a una afirmación del Dr. Enrique Dickmann sobre que el Dr. Bermann era redactor del diario radical «La Epoca».

(Nota de la Direcc.)

Ciudadano Gregorio Bermann.

Estimado camarada:

Días pasados concurrí a «La Vanguardia» para pedir a su director la publicación del artículo «Parlamentarismo y Sovietismo» de mi compañero Barreiro, a lo cual se negó. Hablábamos después sobre nuestra revista, cuando el doctor Dickmann que acababa de llegar, dijo refiriéndose a usted que era redactor de «La Epoca» y colaborador de CLARIDAD.

La forma rotunda en que se expresó el doctor Dickmann, me obliga camarada Bermann, a pedirle una rectificación al respecto, para lo cual ponemos las columnas de nuestra revista a su disposición.

Le saluda afectuosamente.

Gaspar Mortillaro.

Mayo 1 de 1920.

Señor Gaspar Mortillaro.

Estimado amigo:

Me pregunta usted si es verdad que soy redactor de «La Epoca». Me escribe que le ha extrañado tal cosa, pero que no se resigna a creerlo, aún cuando el diputado Enrique Dickmann lo hubiera afirmado con toda convicción ante el diputado N. Repetto y ante usted.

Habría dejado correr ese chisme, cuyo origen no sé dónde habrá hallado el doctor Dickmann, pero ya que usted desea saberlo, porque le interesa en mi calidad de colaborador de CLARIDAD, le digo que no he sido ni soy redactor de «La Epoca.»

Salúdalo cordialmente.

Gregorio Bermann.

Alcornoque, socialista

por Alfredo M. Aprile

de se prepara la sociedad futura; sin importársele un comino de la química reformista o marxista, porque de saber él, que en menesteres tales intervendría la química, ésta, en final de cuentas, no puede ser sino una

Para él—Alcornoque—los hombres que trabajan o que debieran trabajar en los laboratorios, son o debieran ser hombres distintos de los que a menudo uno tropieza en la calle, en el tranvía, en el restaurant, en el teatro... son o debieran ser un anticipo del tipo-hombre de la sociedad socialista. Quisiera él—iluso sincero—matar lo que muchos, casi todos, o todos—según los severos censores—los hombres tienen de homini lupus.

Para él—Alcornoque—que no ha saboreado los delicados manjares de esas despensas engañosas que se llaman bibliotecas, los libros que las llenan debieran ser ingeridos, algo así como un pan espiritual apetecible y saludable.

Sin embargo, Alcornoque en un rapto de realismo ingenuo ha llegado a comprender—con dolor—que los centros no son laboratorios que un químico es alquimia, que hay muchos chupuceros, que las bibliotecas son modestos museos, que los hombres son hombres... y muchos no lo son, pues oficiaban de corredores de orejas expandiendo alcahueterías como si fueran comadres de barrio, que muchos duermen tranquilamente en sus casas constituyendo ese enorme peso muerto de los eternos ausentes, y que son pocos, poquísimos, los que se dedican a la acción positiva y fecunda en tanto que son muchos, muchísimos, los que inconcientemente o deliberadamente, por incapacidad o maldad realizan una acción negativa y destructiva.

Piensa Alcornoque que los beneficios de la higiene algún día llegará a los centros y piensa también que la parición de la sociedad tan decantada se presenta con calambres de doloroso alumbramiento.

Alfredo M. Aprile

El calabozo de Mr. Debbs

por Carlos Pereyra

la Señora Rose Pastor Stokes. Y a quien le asombre que se impongan penas de diez años por una simple protesta, se asombrará más aún al saber porque se impuso una pena de diez años de cárcel a la señora Rose Pastor Stokes. Había, y hay, una «ley de espionaje», y fundándose en esa ley de espionaje, el juez Van Valkenburgh, magistrado del tribunal federal en el distrito del oeste de Misuri con residencia en la ciudad de Kansas, castigó a la señora Stokes, por haber pronunciado palabras que estaban inspiradas en un programa sistemático para crear descontento contra la guerra, desagrado respecto de sus causas, informalidad con su justicia y desconfianza en la buena fe y en la sinceridad de su dirección, a fin de conseguir que el gobierno perdiese el apoyo de la opinión pública y de que no tuviesen eficacia los esfuerzos de los soldados en el campo de batalla. Pero hizo todo eso la señora Stokes? La pobre e inofensiva señora Stokes, persona absolutamente desconocida, no hizo otra cosa que tomar una pluma y escribir a un periódico local de escasísima circulación, la más auténtica de las progriduladas. «La guerra da pretexto y ocasión para negocios ilegítimos». Es verdad que dentro de esa frase cabían todas las intenciones, desde la más ve-

hementemente patriótica hasta la de una traición. Pero las leyes no pueden castigar intenciones, sino actos, y el acto de la señora Stokes era licito. Más aun, su alegación era tan fundada y procedente que hasta se ha propuesto una legislación para cercenar, ya que no para anular, los provechos ilegítimos obtenidos durante la guerra.

La sentencia del magistrado Van Valkenburgh podría haber sido explicable en un país invadido. Pero en guerras de jactancia y de lujo, de propaganda y de imperio, de negocios, sobre todo, ¿pueden haber legitimarse estos excesos de represión? No se legitimarán, pero han existido, y se prolongan con aplicaciones de indefinible saña.

Una ley expedida el 6 de octubre de 1917, imponía numerosas restricciones a la prensa, y en declaración oficial hecha tres días después por Mr. Burleson, miembro del gabinete a quien tocaba velar por el ramo de las comunicaciones postales, se anunció una censura especial en las estafetas, destinada sobre todo a impedir que circularan especies relativas a supuestas influencias de «Wall Street» o de los fabricantes de municiones en los actos del gobierno.

Eugene V. Debs protestó, escandalizado por esta situación, y precisamente su protesta lo ha llevado a la cárcel. Debs no protestó por el caso especial de la señora Stokes, ni protestó como un particular a quien ofenden ciertos actos. Lo hizo como jefe de una corriente de opinión, y lo hizo desde una plataforma política que pone sus palabras fuera del alcance de las interpretaciones policíacas a que pudo estar sujeta la intención de una persona desconocida como la señora Stokes. El jefe del socialismo militante debía haber gozado de la inmunidad que otorgan los imperativos de la cultura aun cuando las leyes retiren su protección a la libre emisión del pensamiento. Pero a Debs, representante de dos millones de conciencias, se le trató como a un espía de embajadas extranjeras. Y pasada la guerra, ese hombre sigue en la cárcel. ¿Por qué no se abre su calabozo? No sólo se le mantiene sujeto a una acción excepcional, cuyos efectos debieron haber desaparecido ya, sino que se lleva el exceso de poder hasta impedir toda protesta.

He aquí lo que dice el «New York Times» del 26 de diciembre último: «No habrá reunión pública en Hobaken, el próximo sábado, para protestar contra la prisión de Eugenio Debs y Catalina O'Hara... Dos sucesos de la «Legión Americana» de Hobaken votaron resoluciones para solicitar del alcalde que impida la reunión de los socialistas. El alcalde dijo que se negaría ese permiso.»

Si no se abre a punta de bayoneta, el calabozo de Mr. Debs continuará cerrado. ¡Singular destino el de ese hombre! Pocos agitadores rusos habrán pasado en la cárcel tantos años como ese ciudadano de la libre América. Y justamente la prisión ha grabado alguno de los rasgos más atractivos de su fisonomía moral. Quien le haya visto no podrá olvidar aquella figura ascética, aquellos ojos dulces y claros, aquella voz de timbre suave y de cadencias amorosas, aquellas palabras que suenan como corrientes de piedad humana. Debs no arrastra ni fascina: seduce. Cuando sube a la tribuna, inclina su cuerpo larguísimo y desgarbado, seco y anguloso, casi hasta formar una escuadra. Pero nadie ve la apariencia, y en la luz de la mirada y en las inflexiones musicales de la voz, se revela al instante un hombre interior, lleno de férreas convicciones, pero lleno también de mansedumbre.

Durante la campaña de 1912, mister Debs

luchaba contra las candidaturas de Mr. Taft, Mr. Roosevelt y Mr. Wilson. Yo le oí un discurso matinal de Madison Garden.

«Mr. Taft, Mr. Roosevelt y Mr. Wilson—dejaba el candidato socialista—, se indignarían si alguien les dijera que han estado en la cárcel. En cambio, yo soy vuestro candidato, soy el elegido del pueblo sólo por haber estado en la cárcel.

Su propaganda electoral, presenta estas apreciaciones que hoy dan la clave de la prolongada prisión de Mr. Debs. «Tenemos un criterio infalible para conocer a los partidos y a los candidatos. ¿Quién les da recursos? Taft y Roosevelt, y el partido republicano, del que son candidatos, reciben apoyo pecuniario de los monopolios industriales. ¿Será necesario añadir que los monopolios industriales, dirigidos por hombres prácticos, no dan su dinero a un candidato o a un partido sino para dominarlo? Sólo el cerebro de un imbécil puede creer que hombres tales como Perkins, Mr. McCormick y Munsey hacen correr el oro para Roosevelt e inundan el país con subsidios pues creen a Roosevelt campeón del progreso y amigo del pueblo. Es verdad que a Woodrow Wilson no fué el primero en quien fijaron su atención los Belmont, los Ryan, los Murphy y los corruptores de Tammany Hall, pero lo encontraron de su agrado, pues de otro modo no habrían consentido en que se le designara.

Carlos PEREYRA

“El Fuego” de Henry Barbusse

por Máximo Gorki

En este libro, de singular simplicidad y de verosimilitud sin reparos, se describe cómo hombres de diferentes naciones, pero de igual inteligencia, se exterminan unos a otros; cómo esos hombres aniquilan los frutos de un arduo y magnífico trabajo secular, transformando iglesias, palacios y casas en montones de escombros, destruyendo ciudades, aldeas y viñedos, devastando millares de kilómetros de terreno, que fué evidentemente cultivado por sus padres y que ahora se encuentra sembrado de astillas de hierro y envenenado por la carne putrefacta de inocentes asesinados.

Y estos hombres, que se abandonan a tan insensata ocupación de auto-extermio y aniquilamiento de todas las conquistas de la cultura, estos hombres, que son capaces de juzgar todo lo que existe: sus nervios y su cuerpo, que comuevan su corazón y su mente, ruegan a Dios, ruegan sinceramente y — como describe uno de los héroes del libro — de manera «idiotamente igual» después de lo cual reanudan, de manera «igualmente idiotas», el acto salvaje del suicidio. El lector encuentra en este libro la descripción de un oficio divino de alemanes y franceses, quienes creen, con igual sinceridad, que en el sangriento y abyecto oficio de la guerra «Dios está con nosotros.»

Y dicen después: «Para el buen Dios es todo lo que nosotros hacemos aquí, sobre la tierra.»

Y estos héroes, estos mártires, estos fratricidas, se preguntan entre ellos:

«¿Cómo puede este Dios, infundir en todos los hombres la creencia que él está con nosotros y no con los otros?»

Con cándida simplicidad, como niños, piensan y hablan estos hombres en el mismo instante en que uno arroja la sangre del otro.

«Si existiese un Dios, un Dios bueno y misericordioso, no habría frío!»

Después de la convención, hemos visto que Wilson está en el más perfecto acuerdo con la banda de los depredadores quienes Bryan azotaba en esa misma convención. En su discurso ante los delegados, Bryan expuso las infamias de Ryan, Belmont y Murphy. Declaró que no apoyaría a ningún candidato que recibiera los votos de Murphy. Woodrow Wilson recibió esos votos de esos hombres y de los noventa manidos. Sin ellos y sin otros votos igualmente dominados por los «intereses», no habría sido designado Wilson. Bryan lo apoyó haciendo ante el país una figura ridícula. Mr. Wilson tiene tanto de candidato popular como Mr. Taft o Mr. Roosevelt. Ninguno de los tres se ha identificado con las clases trabajadoras sino para pedirles votos, y ninguno de los tres se atrevería a declararse candidato de esas clases. El servilismo de los demócratas y de los republicanos llega hasta la descomposición pútrida para obtener el favor de los plutócratas.

Hoy no sería Debs un candidato para el academicismo de las periódicas demostraciones electorales. La situación toma cada día caracteres más definidos de guerra civil, y el principio de las hostilidades no es el momento de poner en libertad al enemigo.

Para Debs no hay término medio. Su puesto está en la barricada o en el calabozo.

Y mientras razonan así, estos mártires continúan asesinandose.

¿Por qué? ¿Por cuál razón? No lo saben. Pero dicen de sí mismos:

«Ah, nosotros no somos malos! Somos únicamente tan infelices y tan miserables! Además, estúpidos, demasiado estúpidos! No obstante convenir en ello, no cesan de ejercitar el vergonzoso y criminal oficio de la destrucción.

El cabo Bertrand observa más que los otros, y habla el lenguaje de un sabio:

«¡El porvenir! — grita improvisadamente con voz profética. — ¿Con que ojos nos mirarán los que vendrán después de nosotros sobre la tierra y cuya alma, al fin será colocada en equilibrio por el progreso, tan inevitable como el destino? ¿Con que ojos observarán estos asesinatos y nuestros heroísmos, de los cuales hasta nosotros, que lo realizamos, no sabemos si debemos compararlos con el gesto de los héroes de Plutarco y de Cornelio o con el gesto de los apaches? ... ¡Sin embargo! Sin embargo existe un hombre, existe una figura que se ha elevado por encima de la guerra que, eternamente, irradiará belleza y hombría!»

«Apoyado sobre su bastón, inclinado sobre él, yo escuchaba, literalmente saboreando las palabras, que, en el silencio de la noche, salían de esos labios casi siempre mudos. Con voz clara exclamó:

«¡Liebknecht!»

Se levantó con las manos juntas. Su bello rostro, que conservara la seria expresión de una estatua, se inclinó y repitió:

«¡El porvenir! ¡El porvenir! La misión del porvenir es reparar el presente, borrarlo de la memoria de los hombres como algo repugnante y oprobioso. Sin embargo, este presente es necesario! ¡Sí, necesario! ¡Caiga la vergüenza sobre el oficio de las armas, que transforma a los hombres, ora en víctimas sin cerebro, ora en verdugos abyectos!»

«¡Sí, vergüenza! Sin embargo, es cierto; es

demasiado cierto; cierto para la eternidad, pero no todavía para nosotros. Se convertirá en verdad, cuando será señalada entre otras verdades, que únicamente más tarde lograremos comprender cuando nuestro espíritu se transformará. Ahora, en este instante, esta verdad es casi un error: esta máxima sagrada es únicamente una blasfemia!»

«Rió con una risotada particularmente sonora; y, todo meditabundo continuó:

«Una vez, les dije que creo en los presagios, pero únicamente para animarlos e inducirlos a marchar hacia adelante.»

Este hombre tranquilo, valeroso, que es venerado por todos los hombres de su compañía y que pronuncia semejantes palabras, los conduce a la masacre insensata y muere sobre el campo rodeado de cadáveres humanos, en descomposición.

En todo esto se manifiesta estridente y empedernida, una contradicción homicida, que hace del hombre un instrumento privado de voluntad, reduciéndolo a una máquina esto-macal, que parece haber sido creada por una potencia maligna y tenebrosa para servir a sus propósitos diabólicos.

Estos desventurados héroes son cordialmente queridos; pero en realidad, parecen leprosos, que llevan plantado continuamente en su cuerpo interno un conflicto entre el intelecto y la voluntad. Parece que su intelecto tiene el suficiente vigor para colocarse en posibilidad de poner fin a esta repugnante carneiría, para poner término al delito perpetrado contra el mundo entero. Pero... carecen de voluntad; y mientras comprenden toda la repugnancia del asesinato y en el fondo de su alma lo niegan, continúan asesinando y destruyendo. Concluyen por morir en el fango y en la sangre.

«Las batallas son ganadas con nuestras manos», dicen. Nosotros servimos de material de guerra. Este material consiste completamente, exclusivamente, en el cuerpo y en el alma de los soldados simples. Somos nosotros quienes apilamos cadáveres sobre las llanuras y llenamos de sangre los ríos. Todo esto es lo que hacemos, si bien cada uno de nosotros sea algo invisible y taciturno. Demasiado grande, en efecto, es nuestro número. Ciudades devastadas, aldeas destruidas; he ahí los desiertos que nos han perdido o que nosotros hemos dejado. Sí, todo esto somos nosotros; y solamente nosotros!»

—Sí, es cierto, La guerra... son los pueblos, y sin ellos no existiría nada, excepto quizás un recíproco cambio de palabras. No son ellos quienes deciden la guerra, sino quienes sobre ellos dominan.

—Los pueblos actualmente combaten para deshacerse de estos gobiernos. Esta guerra no es más que la continuación de la revolución francesa.

—En este caso resultaría que nosotros obramos también para los Prusianos.

—Queremos esperar, que lo hagan también para ellos — conviene uno de los mártires.

—Los pueblos no son nada, pero deberán ser todo — observó en este instante un hombre que me miraba interrogándome; con esto repite una máxima histórica, para él desecada, y que fué pronunciada hace cien años. Únicamente que estas palabras cobraron finalmente, un gran sentido, de importancia mundial.

«Y este infeliz que apenas caminaba sobre el fango, levantó el rostro, que parecía el de un leproso y miró con avidez en lejanía, en el infinito.

¿Qué ve? Creemos que debe ver a una posteridad libre, razonable y de fuerte voluntad.

Este libro horripilante, ha sido escrito por Henry Barbusse, que personalmente ha vivido todos los horrores y toda la locura de la guerra.

No es el libro magnífico de un genial León Tolstoy, cuyo espíritu observaba la guerra a la luz del pasado lejano. No es la obra lamentable de una Berta Sttuner «Abajo las armas», no es una obra, escrita con buenos propósitos, pero incapaz de convencer a cualquiera o de hacerle cambiar de parecer.

Es un libro sensible como el Evangelio, lleno de indignación profética: es el primer libro, que hable de la guerra de manera sencilla, austera, tranquila y con la fuerza necesaria de la verdad. No contiene descripciones románticas de la guerra, que pinten con todos los colores del arco iris el vulgar terror sanguinario.

Barbusse describe la guerra como un trabajo, como un trabajo grave y común, aplicado a la recíproca destrucción de hombres completamente inocentes; de únicamente culpables de su estupidez. En su libro no existen cuadros de batallas heroicas y poéticamente trazadas; no existen narraciones del valor de los soldados.

El libro de Barbusse está lleno de austera poesía de la verdad; describe el coraje del pueblo, el coraje de centenares de millares, de millones de hombres consagrados a la muerte y a la destrucción de los pueblos por obra del gran traidor: el Capital.

El demonio, que real e incansablemente obra entre nosotros, es el principal personaje del libro de Barbusse. Deslumbrando a millones de hombres con el falso esplendor de las ideas y las doctrinas de asesinato, de la avaricia, de la envidia y del egoísmo, ese demonio ha conducido a millones de hombres a los fértiles campos de Francia, y allí, desde las raíces, en el curso de cuatro años, destruyen todo lo que ha creado el trabajo durante casi dos siglos, para convencerse, una vez más, que el peor enemigo del hombre es su falta de voluntad y razón.

Barbusse ha comprendido, más hondamente que nadie, la naturaleza de la guerra, y cual el anunciador de un nuevo Evangelio, ha demostrado a los hombres sus desviaciones.

Cada página de este libro semeja el golpe de maza de la verdad asestado sobre todo ese tejido de mentiras, hipocresías, crueldad, abyección y sangre, que se llama la guerra. Este libro obscuro es terrible en su despiadada verdad: por doquier irradia en las tinieblas, por él descriptas, la luz de una nueva concepción; y esta luz—nosotros lo creemos— recorrerá bien pronto todo el mundo como llama de purificación del mundo de toda abyección, de toda mentira, de toda hipocresía, sembrada por el demonio del capital.

Los hombres, de quien habla Barbusse comienzan negando atrevidamente el poder de Dios sobre el hombre, y éste es un indicio seguro que bien pronto sentirán cuán delictuoso es el poder del hombre sobre sus semejantes.

Nosotros vivimos en una época trágica. Es insupportablemente grave. No obstante, estamos en vísperas del florecimiento de las buenas fuerzas del hombre para crear y trabajar libremente. Esta es la verdad: ella debe reconfortarnos, debe vigorizar nuestras fuerzas y debe infundirnos valor.

Máximo Gorki.

(Traducido de la revista italiana «Comunismo», por «Documentos del Progreso».)

La Constitución de los Soviets

por C. Nicolini

(Traducido por Osvaldo Bianchi y Gaspar Mortillaro)

La revista italiana «Comunismo», dirigida por G. M. Serrati y órgano de la 3a. Internacional, publica en su número del 15 de marzo el interesante artículo que traducimos y que se publicará en «CLARIDAD» en este y el próximo número.—Nota de los traductores.

La discusión sobre los varios proyectos de constitución de los soviets, en Italia, demuestra la necesidad de no limitarnos a pocas consideraciones generales sino, más bien, de hacer brevemente la historia de los soviets en las diversas revoluciones. Si no lo hemos hecho antes, limitándonos en el primer artículo a ciertas consideraciones históricas y políticas, fué solo porque, por razones independientes de nosotros (falta de espacio) no se puede, en el órgano mayor y más difuso del partido, el «Avanti», exponer más ampliamente las ideas sobre tan importante tema.

Las observaciones hechas en un reciente artículo por el compañero Gennari, y las opiniones de otros compañeros aparecidas en la prensa de provincias, imponen, en forma imperativa, un poco más de discusión.

La historia del movimiento revolucionario del proletariado está demostrándonos que los soviets, no son por nada una invención de los compañeros rusos o una consecuencia de condiciones políticas y sociales para la sola Rusia, ciertamente los compañeros estarán de acuerdo con nosotros, cuando afirmamos, después de Marx y otros, que la primera tentativa de constitución de los soviets, como institución y como medio de la dictadura obrera ha sido por lo tanto la gloriosa Comuna de París.

Todos sabemos, o deben por lo menos saberlo todos los compañeros que han leído el insuperable trabajo de Carlos Marx: «La guerra civil en Francia», lo que ha sido la comuna. En su magnífico y profundo libro: «Staat und Revolution» (El Estado y la Revolución), el gran teórico y práctico de la victoriosa Comuna rusa, Lenin, pone de nuevo a la luz, las enseñanzas del primer soviets obrero, tales como son reflejadas en las obras de los fundadores del marxismo.

Dice Carlos Marx: «El grito de «República Social» con el cual el proletariado de París inauguró la primera revolución de febrero, no contenía sino la aspiración indeterminada a una república, que no tenía solamente la misión de poner de lado la forma monárquica de gobierno de la clase dominante sino, también, el mismo dominio de clase. La Comuna era la forma precisa de esta república. Pero, esta nueva forma de Estado Proletario tenía que servir, según el pensamiento de los fundadores de la Comuna, no sólo para París o para otros centros industriales, pues «la Comuna es forma política también del más pequeño pueblo», y, se entiende que la Revolución de la clase obrera, el resultado de la lucha lución de 1871, en su forma de organización no ha sido, en substancia, más que un gobierno entre la clase productora y la clase usufructuaria, la fórmula política finalmente descubierta, y en gracia a la cual se podía efectuar la emancipación económica del trabajo.» Y por eso, perteneciendo el poder a una nueva clase capaz de iniciativas sociales que no podía, llegando al poder, limitarse simplemente a administrar el viejo mecanismo, «no una corporación parlamentaria, sino obrera ejecutiva y legislativa al mismo tiempo.»

En su breve, pero laboriosa vida, la Comuna ha echado las bases de la futura actividad de los soviets obreros. Lo que ha hecho la Comuna, que al final de cuentas se dirigía hacia la expropiación de los expropiadores? La Comuna, el soviets de 1871, entre las tantas cosas: I. Abrogó la conscripción y el ejército permanente; II. Condonó todos los importes de las prisiones; III. Estableció que el sueldo más elevado de un empleado ante la Comuna no debía superar a la ganancia de un obrero y que todos los empleados, administradores, etc., fueran elegidos y constantemente revocados por parte de los electores mismos; IV. Decretó la separación de la Iglesia y del Estado; V. Ordenó una estadística de todas las fábricas que dejaron cerradas los fabricantes y que debían ser administradas por los obreros en sociedades cooperativas, etc., etc., y puso también en ejecución el principio de la Internacional Obrera: «Los extranjeros podían ocupar los puestos más elevados, «porque la bandera de la Comuna es la República Mundial.»

Aquí está el testamento del primer soviets obrero, aquí están las líneas generales de su actividad, que a pesar de los cuarenta y nueve años que nos separan de él, quedan siempre educativas e insuperables en la mayor parte del mundo.

Pero si para muchos de los que se llaman socialistas europeos la Comuna de París ha sido un ejemplo de no imitar, el determinismo histórico mostró otra vez, en la primera revolución rusa de 1905, que el soviets de París ha sido el resultado del inevitable desarrollo económico que «a medida que el progreso de la industria moderna se desarrollaba, engrandecía y profundizaba la desidia de clase entre capital y trabajo, el poder del Estado adquiría siempre más el carácter de una fuerza pública para oprimir a la clase obrera; una de las máquinas del poder de clase.» (Marx).

Y, contra esa fuerza de opresión, el proletariado ruso instintivamente buscó de imitar a la Comuna, estableciendo los primeros soviets obreros.

En la primera revolución rusa de 1905, como resultado de los primeros choques con la fuerza armada del Estado Czarista, sea en la plaza (demostraciones pacíficas y violentas) sea con los brazos cruzados (huelgas políticas), el proletariado ruso y especialmente el gobierno proletariado petrogradense, formó, hacia la mitad de octubre, el primer soviets para dirigir el movimiento obrero.

En el primer soviets de Petrogrado, no fueron al principio representadas todas las fábricas y todas las oficinas; pero sin embargo, surgió pronto el verdadero «gobierno obrero» por las largas y profundas simpatías que adquirió en las masas trabajadoras de todas las Rusias.

Como en Petrogrado, se formaron los soviets también en las provincias, pero la lucha principal contra el czarismo quedaba a cargo del proletariado de la capital.

De hecho existían dos gobiernos: uno de Witte, presidente del gobierno czarista, y el otro de Crustalev, presidente del soviets de Petrogrado. En el comité ejecutivo estaban representados proporcionalmente, tres por cada uno, los partidos socialdemocrático (menshevikis y bolshevikis) y socialrevolucionario.

En el soviets los menshevikis estaban en mayoría; pero no tenían el objeto de derrocar

el gobierno zarista y establecer un gobierno revolucionario proletario - campesino, como querían, en cambio, los bolsheviks. Los mensheviks afirmaban que dado que la revolución era una revolución burguesa, correspondía al proletariado solo la parte de ejercer su acción sobre la burguesía, de ayudarla en llegar al poder y lanzarla lo más posible hacia la izquierda hasta la realización del programa mínimo socialdemocrático. Por eso los soviets, según los mensheviks, no debían provocar a la burguesía para no debilitar el «frente único» contra el zarismo. A pesar que los soviets de la capital y de las provincias fueron guiados por semejantes principios, ellos por la fuerza de los acontecimientos no podían quedar como simple apéndice de oposición liberal, pues debían por la necesidad de las cosas, cumplir una acción clasista y revolucionaria, porque eran instituciones obreras, que reflejaban las diferencias entre la burguesía y el proletariado. Y bastó que el soviets de Petrogrado decidiera que a partir del 10 de noviembre fueran forzosamente obligadas las 8 horas de trabajo en toda la Rusia, para que la burguesía entera se echara en los brazos del zarismo. El peligro rojo es siempre más peligroso que el peligro negro, también para la burguesía así llamada radical.

El soviets de Petrogrado, el «Gobierno Obrero», a mitad de noviembre contaba más de 500 delegados, adquiría siempre nuevas fuerzas, estrechaba relaciones con la Unión de los Campesinos, de los Ferroviarios, de los Telegrafistas, etc., y preparaba un congreso Pan Ruso de los Soviets. Más, la reacción no dormía y dado que el ejército no mostraba estar dispuesto a pasar al bando revolucionario, el soviets encontraba, cada día más, una resistencia fuerte y decidida. Cuando el 25 de octubre estalló la revuelta de los marineros de Cronstand, brutalmente sofocada, el soviets general llamó al proletariado ruso a la huelga para obtener la abolición de la pena de muerte y del estado de sitio.

La huelga no consiguió hacer ceder al gobierno, y el zarismo, transcurrido el primer momento de incertidumbre y de miedo, comenzó a mostrar sus sangrientos dientes y a fines de noviembre mandó encarcelar al presidente del soviets, Crustalev, y poco después, a todo el soviets. El manifiesto del soviets que declaraba la bancarrota del Gobierno Zarista, y llamaba a los campesinos a retirar los propios ahorros de las cajas del Estado, no impidió a la burguesía francesa de prestar millares al gobierno reaccionario para sofocar la revolución.

El segundo soviets, que se formó en diciembre, no tuvo las fuerzas necesarias para imponer su voluntad y todos fueron encarcelados y deportados.

En su breve vida, el primer soviets con la previsión de las ocho horas, demostraba cuál podía ser a la fin su verdadera actividad y su verdadera fisonomía, sino hubiera ganado la reacción zarista burguesa. Como decía Plejanoff: «La revolución rusa será proletaria o no será», y esta máxima encontró su confirmación en la primera revolución y todavía más, en la segunda de 1917.

Los restos de los soviets se reunieron todavía, por un poco de tiempo, ilegalmente, no solo en la capital sino también en las provincias; la revolución, después de la derrota de la sublevación de Moscú de diciembre recibió un golpe mortal y con ella los soviets podían decirse desaparecidos. Siguió más tarde la terrible reacción zarista de Stolipin y otros que estaban con la máscara pseudo-constitucional, hasta marzo de 1917.

Esta es, brevemente, la historia del primer soviets de la primera revolución rusa.

En la vida embrionaria de aquel período y a pesar de la derrota, el órgano de la dictadura proletaria, mostró y reafirmó, que desde 1848, todo serio movimiento del proletariado hacia la liberación de la esclavitud capitalista, sólo podía efectuarse por medio del proletariado que guía las masas de las clases medias, que da alma, espíritu, carácter puramente clasista a esta lucha y a las formas de organización del nuevo poder, que es la negación del «derecho» burgués, el «derrumbe violento del poder del Estado», de sus formas burocráticas de administración, de opresión y de dominio. Y tenía plenamente razón, Lenin, cuando en su primer discurso tenido apenas llegado a Petrogrado en 1917, decía, que los soviets son un nuevo tipo de Estado.

En la segunda revolución de marzo, apenas el malcontento y el fermento revolucionario estallaron, propagándose por las calles y las plazas, se formó (el 12 de marzo) el soviets de los obreros y soldados.

A diferencia de la primera revolución, los soviets de la segunda, y especialmente los de Petrogrado, tenían el verdadero y propio control sobre el gobierno. Existían entonces dos gobiernos: el Comité de la Duma y el del Soviet.

Como dice bien Lenin, en su opúsculo: «Los deberes del proletariado en la revolución», la característica más importante de la revolución rusa, es la duplicidad del poder... «Un poder de Livov y compañía, que tiene todos los órganos del Estado en sus propias ma-

nos... y, el otro, — los soviets de Petrogrado — que es un apéndice que «controla... que voluntariamente cede el poder a la burguesía y a su «gobierno provisorio». Los soviets hasta el estallido de la revolución de noviembre, han tenido un carácter colaboracionista, y estaban en las manos de los mensheviks y socialrevolucionarios.

En los varios congresos Pan Rusos, eran ellos los que dominaban: He aquí una estadística de las representaciones de los bolsheviks, en los diversos congresos Pan Rusos de los soviets.

N.º delegados Bolsheviks

I Congreso, 3 de junio 1917	790	103
II Congreso, 25 de oct. 1917	675	343
III Congreso, 9 de enero 1918	710	434
IV Congreso, 14 de m. 1918	1232	795
V Congreso, 4 de j. 1918	1164	773

Sólo después de ocho meses de lucha interrumpida y sangrienta, los soviets se pudieron librar de la influencia burguesa y pequeño-burguesa, y pudieron empezar a ejercer el poder estatal, derrocando y destruyendo el estado burgués. Hasta los primeros días de su actividad, todavía incierta, como organismo del Estado obrero naciente, el soviets de Petrogrado, destruía, con diversas previsiones, (volens-nolens), el instituto burgués. De esta suerte la famosa ordenanza no. 1, que abolía la servidumbre y la disciplina de los soldados, y formaba los comités elegidos en el ejército, fué un golpe mortal infligido a todo aquel poderoso instrumento de opresión que en la sociedad actual está constituido por el ejército. Sería muy largo, pretender ilustrar paso a paso, la historia de los soviets,

“LA HUELGA”



Escultura de Arturo M. González



en la primera fase revolucionaria, hasta noviembre. Son acontecimientos que están todavía delante de todos. Sólo después de la revolución de noviembre, vemos a los soviets cumplir su obra con la máxima libertad; según las condiciones creadas por el pasado, o sea de todo el desarrollo histórico social de Rusia. Con el advenimiento al poder de los bolsheviks, todo el testamento del primer soviets (Comuna) de París ha sido actualizado y sobrepasado por el heroico pueblo ruso.

Al mismo tiempo, cuando la Rusia de los Soviets, ensangrentada y destruida, tenía que inclinarse ante el imperialismo alemán brutal y estúpido, se desenvolvía no muy lejos de la roja Petrogrado, el drama del proletariado finlandés, al cual el proletariado ruso no podía prestar toda la ayuda deseada y necesaria.

La revolución proletaria finlandesa, es muy interesante por su sofocación cumplida por la burguesía finlandesa con la ayuda de los mercenarios alemanes, mostrando otra vez que «la civilización y la justicia del orden burgués se abonan en su verdadera luz llena de tempestad, no apenas los esclavos se rebelan, en este orden de cosas, contra los patrones. Esta civilización y esta justicia, se presentan entonces como barbarie sin freno y como vanza sin ley. Toda nueva crisis en la lucha de clases pone en la evidencia más cruda este hecho.» (Marx). En la pequeña Finlandia en los tiempos de Kerensky, la mayoría del parlamento estaba constituida por los socialdemócratas (103 contra 97 burgueses), que gobernaban el país con el gobierno coalicionista de Tokoy (6 socialistas y 6 burgueses). También en la cuestión de la independencia finlandesa, Kerensky, los socialistas revolucionarios y los mensheviks, han revelado su verdadero carácter nacionalista, cuando disolvieron en «mayoría» (92 contra 108 burgueses), el parlamento, ayudando a la burguesía finlandesa y mostrando tener hasta a las previsiones liberales del gobierno coalicionista, como ser 8 horas de trabajo que fueron aplicadas con muchas restricciones en daño a los obreros finlandeses. La poca firmeza y el oportunismo democrático de los socialistas finlandeses, permitieron al gobierno de Kerensky y a la burguesía de Finlandia, disolver el parlamento y preparar las nuevas elecciones, en las cuales los socialistas democráticos quedaron el parlamento finlandés con mayoría se Y. el gobierno burgués de Svinhuvud se apuró a consolidar el poder con previsiones dictatoriales que encontraron la resistencia de la clase obrera y que condujeron al fin, a la revolución y al hurto sangriento de las guardias rojas y de las guardias blancas.

El 28 de febrero se formó el Consejo del Gobierno Obrero, que se apoyaba en un Consejo General de los Consejos de los Obreros y de los Soldados. El Consejo General consistía provisoriamente de 40 miembros: 15 de la Confederación Socialdemócrata; 10 de la Confederación de los Sindicatos; 10 de las Guardias Rojas y 5 de las Organizaciones Obreras de Helsingfors.

La revolución obrera finlandesa no se ba-

saba tan fuerte y profundamente en los consejos, como la revolución rusa, y, a diferencia de esta última, en su programa de acción conservó casi intacta toda el alma y la mentalidad demócrata burguesa. El objeto del gobierno obrero revolucionario, como proclamaba en su manifiesto, era además de tantas otras reformas, de carácter más bien democrático, la convocatoria del parlamento social, sobre la base del sufragio universal.

Si los varios reformistas enemigos, adversarios de la dictadura proletaria y de los soviets, conocieran mejor la historia del movimiento obrero y de las diversas revoluciones,

no tendrán la audacia de oponerse a la idea de la revolución obrera bajo forma de dictadura, que destruye toda forma del dominio burgués (parlamento, común, etc., etc.) En Finlandia, donde los socialistas tuvieron la mayoría en el «sagrado» parlamento, que ha hecho la burguesía? Ha sofocado con sangre los deseos y la voluntad de la mayoría legal del pueblo.

Y la revolución finlandesa es un óptimo ejemplo para demostrar el engaño democrático y reformista que debemos tener siempre presente.

(Concluirá)

Lea Vd. el octavo número de

CLARIDAD!

APARECERA EL 6 DE JULIO

TRAERA EL SIGUIENTE MATERIAL:

La Democracia Socialista
y los Consejos de Obreros

por Enrique del Valle Iberlucea

Democracia burguesa
y democracia proletaria

por Augusto Bunge

¿La civilización europea está en peligro?

por Roberto F. Giusti

Que debemos entender por socialismo?

por Enrique Mouchet

Parlamentarismo y Sovietismo

(II parte) por José P. Barreiro

¿Cuántas veces huyeron de Rusia Lenin y
Trotzky? ¿Cuántas veces murió cada uno?

(de Comunismo)

Lenin juzgado por Bernard Shaw

Encuesta de CLARIDAD! sobre la III Internacional

Otras colaboraciones de José Ingenieros, Gregorio Bermann, Alfredo M. Aprille, Alfredo A. Bianchi, Alicia Moreau.

De "Hombres en la Guerra"

"MUERTE DE HEROE" por A-dreas Latzko

(Traducción de Augusto Bunge)

El señor médico mayor no había comprendido. Sacudió irritado la cabeza, y por encima del borde de los lentes, bajó la mirada, con una interrogación, hacia su ayudante.

El rubio médico ayudante callaba, tímido y marcial, porque él tampoco había comprendido.

Sólo el asistente, a los pies de la cama, parecía conservar algún contacto con las representaciones delirantes de su patrón, porque en las puntas de su bigote endurecido por el cosmético brillaban, como ensartadas, dos lágrimas. Pero el asistente sólo hablaba húngaro, de modo que el señor médico mayor, con un «pedazo de idiota» pronunciado a media voz, le dejó plantado junto a la cama y continuó propulsándose hacia adelante, sudando y resoplando, seguido de la timidez rubia como un panecillo, en dirección de la sala de operaciones.

La monstra osa bola de algodón que, al tener de la chapa sobre la cama, cobijaba en su interior la cabeza del teniente primero de reserva Otto Kadar, del regimiento de artillería de campaña No. . . , volvió a hundirse en las almohadas cuando los médicos se retiraron. Miska volvió a sentarse sobre su saco de campaña, se sorbió las lágrimas, y apretando la cabeza entre sus grandes manos sin lavar, se puso a cavilar desesperadamente sobre su porvenir. Porque era claro para él que el señor teniente primero no tenía para mucho tiempo. Pues sabía lo que estaba escondido bajo la gigantesca bola de algodón; había visto el cráneo hecho trizas, y la espeluznante achura gris bajo las sangrientas astillas: el cerebro del pobre señor teniente primero, que había sido un hombre y un patrón tan, tan bueno. No podía esperar que se repitiera una suerte tan loca. . . ¡Una segunda vez no había, de ninguna manera, un patrón tan bueno hasta dentro del alma! Las muchas, muchas rebanadas de salame, que el señor teniente primero siempre le regalaba de sus propias provisiones, las dulces y afectuosas palabras que le había oído murmurar a cada herido. . . todos los recuerdos del largo período sangriento que, casi como un camarada, había vivido embotado, junto a su patrón, surgían ahora ante él. El buen Miska se inspiraba una lástima tremenda, al sentirse tan infinitamente indefenso frente a la gran máquina de guerra, dentro de la cual volvería ahora a ser arrojado en cualquier parte, sin tener ya a su lado el seguro apoyo del buen señor teniente primero.

De modo que se acurrucaba, con su ancho cráneo de campesino entre los puños, como un perro a los pies de su amo moribundo, y en las puntas de su bigote sólidamente engrudado por el polvo y el cosmético, se ensartaban las lágrimas una tras otra en lenta procesión. Tampoco era muy claro para Miska, en verdad, por qué el pobre señor teniente primero gritaba sin cesar, tan horriblemente, con motivo de su gramófono. Sólo sabía que los señores oficiales estaban sentados en el refugio y hacían tocar en el gramófono la marcha de Rakoczy, cuando de pronto silbó hasta adentro la maldita granada, y entonces todo desapareció entre el humo y la tierra. Puesto que él mismo se había quedado viendo estrellas, porque una tabla desprendida, como caída del cielo, le había golpeado en la espalda

con tal violencia, que se cayó de bruces y durante una eternidad no consiguió tomar aliento.

Después. . . después, sólo se acordaba Miska, muy confusamente, de un montón inaudito de tablas hechas astillas, de tirantes derribados, de un guiso de guñapos de bolsas, asfalto, tierra, miembros humanos, ¡y mucha sangre! . . . y . . . del señor cadete Meltzar, que seguía sentado muy derecho, apoyada la espalda contra los restos de la pared lateral, con el disco de gramófono, que había estado tocando la marcha de Rakoczy y que, por un milagro, había quedado entero, en el sitio donde, propiamente, debía estar su cabeza. Pero la cabeza no estaba ahí. La cabeza había desaparecido; y era el negro disco de gramófono el que se asentaba, también apoyado a la pared, directamente sobre el cuello ensangrentado. ¡Eso sí que había sido espantoso! Ningún soldado había querido poner la mano en ese cuerpo sentado, con el disco encima puesto exactamente como una cabeza sobre el cuello. ¡Rrrr! . . . Miska sentía correr un escalofrío por su espalda al recordarlo; y el corazón se le detuvo con el susto cuando precisamente en ese momento el señor teniente primero recomenzó a gritar:

—¡Gramófono! ¡Nada más que gramófono! . . .

Miska se levantó de un salto, vio a la gran bola de algodón desprenderse penosamente de las almohadas, vio el único ojo que había quedado a su patrón fijado ávidamente sobre algo invisible, y se quedó ahí, avergonzado como un culpable, cuando desde todas las camas convisgieron sobre él miradas impacientes.

—¡Pero eso es ya insoportable! — gritó un mayor gravemente herido, desde el otro extremo del largo corredor. ¡Llévese de una vez a ese hombre!

Pero el mayor había hablado en alemán, de manera que Miska se quedó un momento perplejo, se enjugó el sudor de angustia de la frente, y — como su patrón no podía oírle — comunicó a un teniente de al lado, que el gramófono se había roto, se había roto en mil pedazos; de otro modo él, Miska, con toda seguridad no lo hubiera dejado, sino que lo habría traído con todo lo que fué posible hallar de las cosas del señor teniente primero.

Nadie le contestó. Como a la voz de mando, en todo el largo del corredor, los señores oficiales habían metido las cabezas debajo de las almohadas y corrido las cobijas sobre las orejas; el viejo mayor hasta se enroscó como un turbante su ensangrentada capa, con tal de no oír la espantosa risa cloqueante, que por momentos se transformaba en aullidos, por momentos en gritos furiosos alusivos al gramófono.

—¡Señor teniente primero! . . . Pido muy obediente, señor teniente primero. . . — suplicaba Miska, y con sus gordas, duras manazas, pasaba muy. . . muy suavemente sobre las rodillas palpitantes de su patrón.

Pero el señor teniente primero Kadar no oía. Tampoco sentía la pesada mano posada sobre sus rodillas. Porque frente a él seguía siempre sentado el cadete Meltzar, sobre el cuello una cabeza chata, negra, redonda, en

la que la marcha de Rakoczy estaba grabada en espiral.

¡De pronto fué para el teniente primero tan claro como el sol que había sido muy injusto con ese pobre Meltzar. . . durante seis largos meses! ¡Pues qué culpa tenía el pobre diablo de su necesidad, de su extravagante fraseología patriótica? ¡Cómo habría podido pensar razonablemente con un disco de gramófono a guisa de cabeza? . . . ¡Pobre Meltzar! . . . ¡El teniente primero Kadar no podía realmente comprender, le parecía imposible, que no hubiera llegado mucho antes de seis meses, en seguida que el cadete Meltzar comunicó su incorporación a la batería, a descubrir la travesada que le habían hecho al pobre muchacho, allá en el interior del país! . . .

¡Le habían cambiado la cabeza! La bonita cabeza rubia de diez y ocho años, se la habían destornillado, reemplazándola por un disco negro rasguñado, que no podía hacer otra cosa que gangosear la marcha de Rakoczy. . . eso estaba ahora demostrado. ¡Cuánto debía haber sufrido el pobre muchacho cuando su teniente primero, veinte años mayor que él, le esperaba una y otra vez largos sermones sobre los deberes de la humanidad! Con la chapa redonda y lisa que le habían puesto, no podía comprender, naturalmente, que los soldados italianos hechos trizas y ensangrentados que veía transportar por delante de la batería, hubieran preferido con mucho, ellos también, quedarse en sus casas, si un cartel en una esquina no les hubiera obligado a dejarlo todo, exactamente como la movilización en Hungría a los cañoneros húngaros.

Tan solo ahora se explicaba el teniente primero Kadar la indomable terquedad de su cadete. Sólo ahora comprendía por qué ese muchacho, que en realidad hubiera podido ser su hijo, había aguantado impasible los más hermosos y sensatos discursos, para salir al final silbando entre dientes la marcha de Rakoczy, y murmurando con rabia una y otra vez la frase estereotipada:

«¡A esos perros, hay que matarlos!»

No era, pues, por ser tan joven y tonto. No era porque hubiera llegado al campo de batalla directamente, como por un tubo, del patio de la escuela de cadetes. El disco de gramófono tenía la culpa. ¡El disco de gramófono!

El teniente primero Kadar sentía hincharse sus venas como cuerdas, golpear la sangre contra sus sienes como martillazos, tan indomable era su rabia contra los delinquentes que le habían destornillado a traición al pobre Meltzar la amable cabeza de muchacho que antes llevaba en el cuello.

Y. . . eso era lo más horrible del asunto: cuando pensaba ahora en sus subordinados y camaradas oficiales, les veía a todos exactamente como al pobre Meltzar, ¡andando de un lado a otro sin cabeza! Apretaba los párpados, quería recordar las fisonomías de sus cañoneros. . . ¡en vano! Ni una sola cara surgía de sus recuerdos. ¡Meses y meses había pasado en compañía de esos hombres, y sólo ahora descubría que ninguno de ellos había llevado una cabeza sobre el cuello! De no ser así, tendría que acordarse de si su sargento tenía bigotes; si el conductor del primer cañón era rubio o moreno. ¡Pero no! . . . Nada le había quedado. Sólo veía discos de gramófono; chispas circulares, negras, horrorosas, asentadas sobre blusas empapadas en sangre. . .

De pronto, toda la región del Isonzo se extendió muy abajo de él como un gigantesco mapa topográfico, tal como la había visto a menudo en periódicos ilustrados. La cinta plateada del río serpenteaba entre montes y co-

REVISTA DE FILOSOFIA

PUBLICACION BIMESTRAL

DIRIGIDA POR

JOSÉ INGENIEROS

OFICINAS: VIAMONTE 776

REVISTA NOSOTROS

OFICINAS: LIBERTAD 543

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

ALEJANDRO CASTIÑEIRAS

linas, y el teniente primero Kadar volaba por arriba del entrevero de hombres y cosas, sin motor y sin planos sustentadores, llevado únicamente por sus brazos extendidos. Y por todas partes donde se posaran sus miradas, en cada colina, en cada montaña, en cada hondonada, veía las bocinas de innumerables fonógrafos encajadas en la tierra. Miles y miles de esos conocidos cuernos de la abundancia de latón azul celeste, con ribetes dorados, apuntaban inmóviles hacia él con el hocico muy abierto. Y en torno de cada una de esas bocinas enterradas hervía un hormiguero de cañoneros afanosos, cargando cartuchos y granadas.

Y ahora lo veía el teniente primero Kadar con la mayor nitidez: todos llevaban discos de gramófono sobre el cuello, como el cadete Meltzar. ¡Ni uno solo tenía puesta su propia cabeza! Pero cuando las granadas volaban aullando de los embudos celestes y caían en medio de un hormiguero, entonces las chapas lisas y negras volaban en pedazos crepitando bajo los golpes de los fragmentos, y en el mismo instante se transformaban en cabezas humanas de verdad. El teniente primero Kadar veía, desde la altura, brotar el cerebro de los discos destrozados, veía las superficies regularmente rayadas transformarse instantáneamente en lívidas caras humanas doloridas.

Todos los secretos de la guerra, todos los enigmas que el oficial moribundo había rumiado noche tras noche durante meses, aparecían ahora descubiertos de golpe. ¡Así había pues que explicarse el asunto! Evidentemente, esa gente sólo conseguía que le devolvieran sus cabezas cuando ya había llegado el momento de morir. Muy, muy lejos detrás del frente, en alguna parte, las cabezas eran destornilladas, reemplazadas por discos que no sabían hacer otra cosa que tocar la marcha de Rakoczy. Así preparados los hombres, eran estibados en los trenes, y sólo en ese estado llegaban al frente, como el pobre Meltzar, como él mismo, como todos. . .

Presa de furiosa ira, la bola de algodón volvió a levantarse como por un resorte. El teniente primero Kadar quería saltar de la cama, divulgar el secreto entre las gentes, incitar a todos a reclamar la devolución de sus cabezas. A cada uno quería embuchárselo al oído, en todo el vasto frente, desde Plava hasta el mar. ¡A cada cañonero y a cada soldado de infantería; y también a los italianos del otro lado! También a esos de allá quería decirselo. Porque también a ellos les habían atornillado discos sobre el cuello. También ellos debían volverse, a Verona, a Venecia, a Nápoles, donde sus cabezas habían sido estibadas en depósitos, para guardarlas hasta después de la guerra. De hombre a hombre quería ir el teniente primero Kadar,

para ayudar a cada uno, fuese amigo o enemigo, a conseguir de nuevo su cabeza.

Pero de pronto notó que no podía andar. ¡También se había acabado la aviación! Con gruesos cables de acero habían sido sujetados sus pies a la cama, para que no pudiera revelar el gran secreto.

Pues entonces, lo iba a pregonar, con voz que fuera una clarinada, sobrehumanamente sonora. Con una voz que sobre el rugir y el crepitar de las granadas, desde Plava hasta Trieste, y del otro lado hasta el Tirol, y hasta el mar en Flandes, y abajo, hasta el golfo Pérsico, anunciara la verdad como las trompetas del Juicio Final. Gritaría, como aún no había gritado jamás un hombre:

—¡Gramófono! . . . ¡Buscad las cabezas! . . . ¡Nada más que gramófono! . . .

Aquí se quebró su voz de pronto, en medio de su anunciación redentora, con un quejido gorgoteante. ¡Dolía demasiado! No podía gritar. Era como si a cada palabra que gritara, una punzante aguja se clavara hasta adentro en su cerebro.

—¡Una aguja? . . .

¡Seguro! ¡Cómo había podido olvidarlo! ¡También a él le habían destornillado la cabeza, pues! También él no llevaba sino un disco de gramófono sobre el cuello, como todos los demás. En cuanto quería hablar, la aguja se clavaba en su cráneo y corría, despiadada, sobre todas las circunvoluciones de su cerebro.

—¡No! Eso no podía soportarlo. Prefería callarse. Guardar el secreto para sí. ¡Siquiera ya no más este dolor, este loco dolor en la cabeza! . . .

Peró la máquina seguía andando. El tenien-

te primero Kadar agarró su cabeza con ambos puños, encajó las uñas profundamente en las sienes. ¡Si no conseguía detener a tiempo a la maldita maquinaria, entonces su propia cabeza, girando sin cesar, le rompería infaliblemente la nuca en poco tiempo!

El sudor de angustia brotaba en perlas heladas de todos sus poros.

—¡Miska! — gritó el teniente primero en el paroxismo del sufrimiento.

Pero Miska no entendía lo que debía hacer. El disco seguía girando y cantaba con alegre sonoridad la marcha de Rakoczy. Ya se estiraban todos los tendones. . . una y otra vez sentía el teniente primero Kadar escaparse la propia cabeza de entre las manos. . . ¡ya aparecía su columna vertebral ante sus ojos! Con un último, furioso esfuerzo, intentó volver a meter las manos dentro del vendaje, para volver la cabeza hacia adelante. . .

Luego. . . luego, todavía un terrible rechinar, y entonces, estertores. . . y luego, luego, se hizo al fin el más completo silencio en el largo corredor.

Cuando el médico asistente rubio como un panecillo volvió de la sala de operaciones, el gimoteo de Miska le reveló desde lejos que otra vez había quedado libre una cama en la sección de los oficiales. El impaciente y viejo médico mayor le hizo sin embargo sobreadundantes señas para que se le acercara, y anunció con voz que vibraba respetuosa, y bien alto, para que todos los señores oficiales oyeran:

—El pobre diablo, allá abajo, ha dejado al fin de sufrir. ¡Cómo húngaro genuino! Con la marcha de Rakoczy en los labios.

LA COMETA

En la tarde tranquila se ha elevado una leve cometa de papel, con la coquetería de una hermosa mujer.

Era uno de los juegos favoritos de mi niñez. Cuando tenía penas, esas penas se iban con la cometa de papel. . . .

Sonriente y con orgullo, la miraba elevarse en un trémulo vaivén; pero pronto los vientos del espacio — ignoro por qué trágico placer — cebaban sus furiosos en la pobre cometa de papel, que caía, por último, destrozada a mis pies.

Esa cometa es un símbolo; es el hombre aspirando a ascender. Yo adoro las cometas que se elevan por sobre la vulgar estupidez, aunque suban cien veces, dando tumbos, y caigan otras cien!

En la lucha azarosa por un algo — algo por lo que siempre suspiré — batida por los vientos de la vida, yo soy una cometa de papel!

Domingo Fontanarrosa.

Manifiesto de la Federación de Estudiantes Revolucionarios de Rosario

A los estudiosos y a los hombres nuevos

Los estudiantes han desempeñado el papel de lacayos y sirvientes en las contiendas sociales que conmovieron hondamente al pueblo argentino.

Embrutecidos por la Escuela, esterilizados por la Universidad no renegaron de su situación de privilegiados ni concibieron claramente su vergonzoso parasitismo social. Hoy la mayor parte está con la liga patriótica.

Los trabajadores argentinos no lo olvidarán.

Pero tenemos el derecho santo de esperar que esa parte de la juventud reaccione poniéndose en tono con la corriente más humana de los tiempos.

Esperamos la reconciliación. La lucha social por una humanidad sana será el yunque donde la juventud estudiosa probará su temple, pues en ningún país, ni en Revolución alguna ha abandonado al pueblo en las estacadas.

Creemos que la unidad de alma de nuestro pueblo ha de forjarse el día de la Revolución.

¡ESTUDIOSOS! La sociedad ha menester un cambio.

Hay que organizar el mundo según la lógica y el amor.

Queremos una humanidad fraternalmente amorosa, sin clases, sin tiranías, donde cada uno, hombre o mujer, libre, tienda al desarrollo integral de todas sus actividades, en armónicas relaciones con los demás miembros de la comunidad.

Queremos una sociedad sin privilegios, en la cual todos trabajen, donde el trabajo sea un factor de felicidad y no fuente de dolor y embrutecimiento. Donde la Educación (no la actual sino otra nueva) y la Ciencia estando al alcance de todos, sean bases efectivas de progreso social.

De acuerdo con esto declaramos:

Que la burguesía como clase ha demostrado su incapacidad para dirigir los destinos sociales, muriendo, porque ha llegado el tiempo de su caducidad histórica, sin desconocer el papel importante desempeñado por ella en los siglos XVIII y XIX.

Que los intelectuales reaccionarios llevan la caducidad de la última generación, claudicantes han olvidado sus primordiales deberes humanos alquilándose consecuentemente a la tiranía capitalista, incapaces de renovación, de ellos nada puede esperarse.

Que el proletariado ha adquirido la capacidad definitiva para su emancipación, conciencia de clase, habiendo llegado la hora en que habrá de dirigir sus destinos, estando muchísimo más avanzado y en armonía con el momento que los burgueses e intelectuales.

Que los trabajadores son la única fuerza capaz de orientar la sociedad humana reconciliando el mundo.

Que para transformar la sociedad, dada la resistencia opuesta al progreso por la clase opresora, se impone racionalmente como medio, la acción directa de las clases productoras y como fin la R. S.

Que nos unimos a los trabajadores, no en busca de nuestro mejoramiento económico, sino para luchar por la verdad que ha de traer una humanidad nueva, fuerte, justa, sin fronteras, odios nacionales, ejércitos, clerics o parásitos del privilegio.

Que el momento presente es sintético, de lucha y nuestro combate será a las instituciones. Lucharemos por la supresión de la guerra ca-

pitalista sin lo cual no habrá paz en el planeta.

Combatiremos la burguesía y a sus defensores capitalistas gobernantes, políticos, militares, curas y burocracia.

Con el cerebro y con el brazo cooperaremos a la realización de estos postulados. Los viejos ideales han muerto.

Nuestros corazones y nuestros cerebros están con vosotros, trabajadores. Alto y firme el pensamiento.

COMPANEROS: Creemos necesario afirmar los ideales del espíritu libre del hombre que considera hombres a cualquiera de sus semejantes.

J. Lazarte — José Miguel Lurá — L. Di Filippo A. Navarro — Fco. Bendicente — E. Parajón Ortiz — Ruiz Gómez.

Secretaría: Independencia 723-25 — Rosario — R. Argentina.

BASES

Bajo el nombre de Federación de Estudiantes Revolucionarios ha quedado constituida con asiento (por un año) en la ciudad del Rosario, una asociación formada por los representantes de la Liga de Estudiantes Universitarios Libres de B. Aires, Asociación de Estudiantes Revolucionarios de Córdoba, Centro Estudiantes Evolución de Rosario, para los siguientes fines:

- 1.° — Fomentar la unión de los Estudiantes con los trabajadores y de sus fuerzas revolucionarias para llevar a cabo la transformación social.
- 2.° — Propagar entre estudiantes y obreros las ideas de carácter social más avanzado.
- 3.° — Bajar al campo proletario para luchar sin distinción de clase ni de privilegio con los trabajadores.
- 4.° — Propender al cambio fundamental de la enseñanza primaria, a la desaparición de los actuales colegios secundarios y universidades y a la creación de altas Instituciones educacionales diferentes de aquellas para todos los hombres y mujeres sin distinción de casta o privilegio, porque una educación que ha favorecido el crimen colectivo, justificado la explotación del hombre por el hombre, cultivando todos los odios durante tantos años, no debe subsistir ni un minuto más en un nuevo orden de cosas.
- 5.° — Orientar todos los centros culturales y bibliotecas hacia una acción directa más eficaz para no olvidar las necesidades del momento.

Para realizar estos propósitos la Federación de E. R. se valdrá entre otros de los siguientes medios:

- a) Celebración de un congreso anual.
- b) Mantener relaciones con todos los trabajadores y asociaciones similares de América y el mundo.
- c) Mantener una hoja de publicidad. Promover la formación de asociaciones de estudiantes en todas las ciudades del país.

Los estudiantes de cada localidad, si su número pasa de cinco, pueden constituirse en agrupación.

En ésta tendrán cabida todos aquellos que acepten los ideales expresados por la Federación.

La Comisión nombrará, hasta que se constituyan las sociedades afiliadas, en cada ciudad del país un delegado que dará informes de todo género.

Transitoriamente hasta la reunión del primer Congreso, la Comisión Central de la Federación estará formada por los delegados de las tres asociaciones adherentes.

En la primera quincena de Julio de 1920 la Comisión Central organizará el primer Congreso Nacional.

Los centros conservan una independencia absoluta fuera de las facultades que han delegado en la Federación.

No podrá disolverse la Federación mientras haya tres asociaciones adheridas.

Bibliografía

EL DETERMINISMO EN LA CIENCIA Y EN LA VIDA, por Gregorio Bermann

Es un trabajo de 200 páginas, escrito para tesis de medicina. Es, en realidad, un estudio de índole filosófica, pues el principio del determinismo o de la causalidad de los fenómenos naturales interesa por igual a todas las ciencias; es, por lo tanto, un problema general o filosófico. Está escrito en un lenguaje galano y correctísimo, lo que, desgraciadamente está muy lejos de ser la regla general en la redacción de las tesis universitarias. Está tan correctamente redactado y están tan claramente planteados los problemas, que lo mismo puede ser útil su lectura al erudito que al obrero estudioso. Su autor ha sido uno de los alumnos más talentosos de las Facultades de Ciencias Médicas y de Filosofía y Letras, habiendo cursado en esta última el profesorado en filosofía. Su acción fué también descolante en los acontecimientos universitarios cordobeses, en los que actuó en calidad de delegado de la Federación Universitaria Argentina.

«Hasta en metafísica o un matemático como Descartes, — dice en su tesis — tenía la convicción de que la medicina sería en el porvenir la ciencia normativa entre todas; sostenía Descartes que en lugar de las rutinas o supersticiones vulgares, nuestra ciencia llegaría a trazar principios de razón y de sabiduría.» «Y es que la medicina ya no reduce su misión a la de los tiempos pretéritos, que fué la de curar enfermos.» «Se trata también de la salud física y de los pueblos y de los individuos; más que de medicina, la biología y la higiene — ampliamente entendidas — están destinadas a ser uno de los elementos conductores que servirán para eliminar la miseria física y moral, ferviente anhelo del que se percibe en el ambiente rumorosa corriente.» (Página 9).

El autor abordó el tema con perfecto dominio de la materia, pues es un tema que venía estudiando hacia varios años, lo que le permitió relacionar el determinismo con los problemas psicológicos, éticos, sociológicos, con el derecho penal y la responsabilidad, con la medicina legal y la criminología.

E. Mouchet.

Las visiones de un pájaro loco
 POR RUFINO MARIN
 Con una semblanza lírica de J. J. de Soiza Reilly
 Ilustrarán éste libro los dibujantes: Bermúdez Franco, Montero Lacasa y Griessen.
 Editado por CLARIDAD!
 Bmé. Númre 1085
 BUENOS AIRES

"JUSTICIA"

Diario Socialista Uruguayo.

Director: Emilio Frugoni

Dirección y Administración

Canelones 998 Montevideo

Notas de Administración

A LOS SUSCRIPTORES

CLARIDAD! ha entrado en un periodo nuevo. Publicación doctrinaria de crítica, literatura y arte, ha cumplido, hasta hoy su programa inicial sin reparos ni omisiones y sin propósitos de lucro jamás ha pensado ser una empresa comercial, poniéndose en antagonismo con los ideales que sostiene y propaga. Esta circunstancia hace indispensable para su sostenimiento, la cooperación desinteresada de los suscriptores. La mejor cooperación consiste en abonar las cuotas de suscripción con la debida puntualidad a Administración. Hemos tenido muchos lectores que suscritores no pagaban puntualmente bien acumulados los meses de los números obreros de las ediciones. Esperamos que en las futuras suscripciones demuestren la buena voluntad para abonar la cuota abonando puntualmente.

El número con el que se abona el suscritor, con el primer trimestre iniciada con el N.º 2.

«Hasta en metafísica o un matemático como Descartes, — dice en su tesis — tenía la convicción de que la medicina sería en el porvenir la ciencia normativa entre todas; sostenía Descartes que en lugar de las rutinas o supersticiones vulgares, nuestra ciencia llegaría a trazar principios de razón y de sabiduría.» «Y es que la medicina ya no reduce su misión a la de los tiempos pretéritos, que fué la de curar enfermos.» «Se trata también de la salud física y de los pueblos y de los individuos; más que de medicina, la biología y la higiene — ampliamente entendidas — están destinadas a ser uno de los elementos conductores que servirán para eliminar la miseria física y moral, ferviente anhelo del que se percibe en el ambiente rumorosa corriente.» (Página 9).

EUGENIO ELVAREZ

EUGENIO ELVAREZ
 ELVAREZ, Eugenio. El mundo como yo lo veo. Editorial Sudamericana. 1920. 128 p. \$ 10000.
 ELVAREZ, Eugenio. El mundo como yo lo veo. Editorial Sudamericana. 1920. 128 p. \$ 10000.
 ELVAREZ, Eugenio. El mundo como yo lo veo. Editorial Sudamericana. 1920. 128 p. \$ 10000.
 ELVAREZ, Eugenio. El mundo como yo lo veo. Editorial Sudamericana. 1920. 128 p. \$ 10000.



Salta a la vista

SUB-ETODOS hechos de la actualidad en forma rápida en un volumen de 300 páginas. \$ 45.-
SUB-ETODOS a la moda en el mundo para el hombre y la mujer. \$ 85.-
LA MAS ALTA CALIDAD
MODICIDAD EN LOS PRECIOS
Originalidad en el estilo
80.-
45.-
68.-

...hágase suscripción...
 ...localidad...
 ...EDICIONES DE LA CULTURA ARGENTINA...
 ...BUENOS AIRES...

Editorial JUSTICIA

ESTÁ EN VENTA:

en todas las principales librerías y kioscos de la República Argentina y del Uruguay, el libro:

Florencio Sánchez

Su vida y su obra

POR

ROBERTO F. GIUSTI

SUMARIO

1. Orígenes del Teatro Rioplatense
2. La Vida de Florencio Sánchez
3. El Teatro de Sánchez

Un volumen de 120 páginas, esmeradamente impreso en su-
bierta de dos colores.

Precio 0.80 cts. franco de porte

Pedidos a la Agencia Sud Americana de Libros

LIBERTAD 543 (U. T. 6347, LIBERTAD)

La Editorial ADELANTE

ha publicado hasta ahora los siguientes folletos:

Las Doctrinas Sociológicas de Alberdi

por el Dr. José Ingenieros

Los Problemas Sociales y la Iglesia Católica

por el Dr. Telémaco Susini

La Democracia Funcional en Rusia

por el Dr. José Ingenieros

La futura sociedad de los Pueblos

por Arturo Orzábal Quintana

Pídelos Vd. en todos los kioscos y librerías

Precio: 0.30 cts

AGENCIA SUD AMERICANA DE LIBROS

LIBERTAD 543

LA COOPERACION...

es el mecanismo más seguro para conver-
tir el actual régimen de opresión capita-
lista en estado proletario libre y próspero.

No fumar cigarrillos

CLARIDAD

es permanecer impasible ante el delito de
los truts y hacer traición a una cruzada
obrera de las más reflexivas y acertadas.